



Literatura con vocación
transatlántica





CODEX SULPURISTA

COYOACÁN - LA LATINA - QUARTIER LATIN - HUELVA



© CODEX SULPURISTA, ENERO 2024

© DE SUS AUTORES, ENERO 2024

E - ISSN: 3020 - 2671.

EDITADO POR
CASA EDITORIAL TIPOGRAFÍA DE LETRÁN,
MADRID.

BAJO LA DIRECCIÓN DE:
DIEGO GODIÁN, LORENA MAESTRE GREGORI,
MELISSA C. C. ALARCÓN, CHARLES POUZOLS,
JUAN CASTRO Y EL PERSONAJE EN LA CUEVA.

WWW.CODEXSULPURISTA.LETRAN.COM.MX

@CODEXSULPURISTA



TIPOGRAFÍA DE
 LETRÁN





ÍNDICE

[[MATERIA ENSAYÍSTICA]]

MONO-LOGO AZUFRISTA / LORENA M. GREGORI

EL LENTO OLVIDO DE LOS FORMATOS / B. FABIÁN RAMÍREZ

EXCALIBUR O LA ERÓTICA DE LA ÉPICA / SEBASTIÁN R. R

INOCENTE SABIDURÍA / ÉDGAR G. CUÉLLAR

[[MATERIA LÍRICA]]

¡CALLAD, QUE NO SE DESPIERTE! / ANA JIMÉNEZ PAZPATTI

SMARTPHONE / IVÁN ONIA

DESAMOR EN METRÓPOLIS / DANIEL RABAL DAVIDOV

EN LA SULTA [...] / JAVIER GATO

TRÍPTICO DEL ERRANTE / TOMÁS LOPSANT

AGUAS Y CUARESMA / SACHA THOMAS

III GRAFITEMAS III /SVLFVR/

RICURA-VEN-TÓCAME / SANTIAGO AGUADED LANDERO

TERNARIO + A VUELTAS CON LA LEY / JUAN CASTRO

TRES PAISAJES MEMORABLES / DAMIÁN ANDREÑUK

[[MATERIA NARRATIVA]]

FACTORES / ALEJANDRO ZAPATA

CONVERSACIONES FRENTE AL MAR / MIGUEL ÁNGEL ACQUESTA

NUESTRA TORRE DE BABEL / GONZALO IRLA

UNA FAMILIA FELIZ / MANUEL TORANZO







MONO - LOGO AZUFRISTA

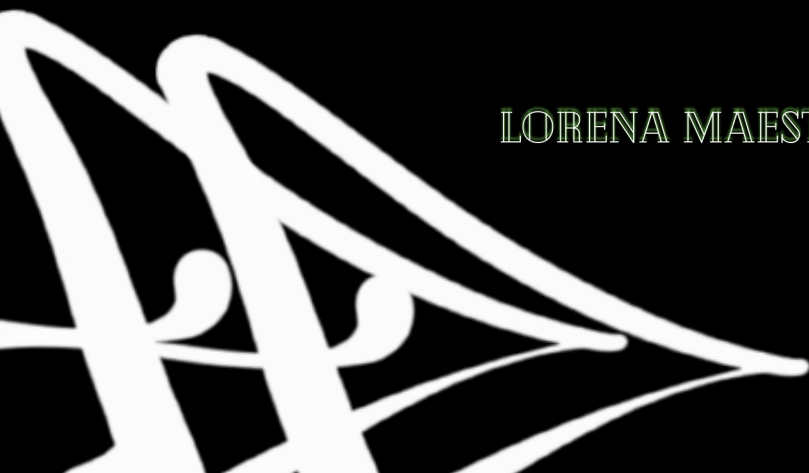
La poesía como fenómeno articulatorio, inconsciente y huérfano se yergue en estas páginas como un limón putrefacto para calmar las llagas de su propia concepción.

La filosofía azufrista fruto del azar entiende el verso como un medio identificador de la expresión poética ante los oídos ensordecidos por la parcialidad que el habla mecánica logra producir una vez que el cerebro descifra el mundo. La oralidad no es solamente un mero recurso de transmisión, sino que resulta parte del proceso intercesor. El Azufre debe immortalizarse y perderse entre miles de archivos como literatura sumergida a través del soporte digital. La voluntad inconsistente del transcriptor no altera la cadencia predefinida que se perpetúa codificada por la memoria de nuestros ancestros en los genes.

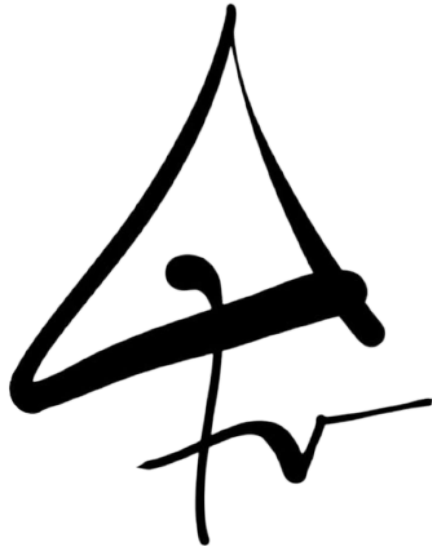
A menudo, podemos encontrar hibridaciones entre los géneros establecidos u otras artes, puesto que la belleza resulta altamente seductora y la palabra no es el único modo de expresión. De ahí que el azufrista produzca extrañamiento al público más conservador. El hecho de que las reuniones beodas giren en torno a la literariedad dota a la producción y lectura de un carácter social.

El rechazo al fetichismo antitético pone de manifiesto las discrepancias estéticas vigentes. La inexistencia de una línea clara definitoria provoca que el agrupamiento de los autores siguiendo los parámetros ofrecidos históricamente por la crítica sea considerado un despropósito. Por lo tanto, el Azufrismo tiene un carácter conciliador; pretende integrar entre sus hojas a aquellos autores que operan desde la individualidad.

La experimentación y el ludismo son los mecanismos necesarios para realizar una mimesis rigurosa. Las fisuras cutáneas provocadas por la naturaleza cruel de la existencia se vuelven el lugar idóneo para desarrollar el feísmo. El ego que alimenta el inmovilismo debe resquebrajarse como un palacio de cristal porque el género lírico no se trata de un vano ejercicio intelectual, sino de uno sincero, crítico e informativo. Esta es la razón por la que las construcciones rítmicas tradicionales se vuelven imprecisas, erráticas y disonantes. La forma también constituye un sistema independiente de comunicación. El ludismo evita el carácter excelso de la literatura y abre la puerta a la comicidad.



LORENA MAESTRE GREGORI





SOBRE UNA CIERTA ILUSIÓN DE INMORTALIDAD DE LA INFORMACIÓN

o

EL LENTO OLVIDO DE LOS FORMATOS

El optimismo general de mi tiempo no deja de intentar convencerme de que la información se ha hecho crecer una suerte de caparazón que, con respecto a sus estadios evolutivos previos, la probará más resistente a la violenta mordedura del tiempo. Esta coraza no es en realidad una, sino una gama enorme de broqueles: soportes, protocolos, formatos de información que son fecundos y se multiplican con apremio desde hace unos ciento cincuenta años.

En realidad, la fe en la pervivencia de la memoria es un credo más antiguo. La pulsión del registro es tan vieja como el ser humano, pues la transmisión en el lenguaje no sólo es sincrónica, sino también diacrónica, y esto es ya en principio una forma de trascendencia de la información. Y esto no se limita al lenguaje oral: las pinturas de las cuevas españolas, frecuentemente citadas como uno de los ejemplos o incluso el ejemplo vetusto del arte de las cavernas, podrían datar

de unos cuarenta mil años atrás, e incluso ellas parecen dar muestra de una cierta tradición que implicaría innumerables intentos previos que hoy no existen más y que contribuyeron a darle forma.

Cuánta arena no fue removida con delgadas varas hiriéndola, como en el futuro harían los arados con la tierra, y dándole como cicatrices los primeros trazos efímeros, las originarias figuras antropomorfas en el espejo de barro, que se desvanecerían pronto, por culpa del capricho del viento o de un pie que emprendía el camino. Innumerables minerales, insectos y moluscos, negros, púrpuras, bermejos fueron pulverizados sobre el suelo, sobre la roca o en rudimentarios morteros, y mezclados con saliva y grasa como medio. Sacrificio propiciatorio: su cuerpo fue átomo de uno nuevo que se proyecta perdurable sobre los amarillentos muros de las cavernas. Ni siquiera la especie representada en Altamira,





el bisonte estepario, sobrevivió al juicio del tiempo y está extinta. Su imagen, sin embargo, queda.

De igual modo, asumo que generaciones de artesanos —polímatas y no especialistas, pues la división del trabajo estaba aún lejísimos— idearon, difundieron y perfeccionaron las técnicas y las herramientas, no sólo necesarias para los pigmentos, sino también para su aplicación, como los pinceles de pelo de caballo, que dudo que hayan surgido en las mismas cuevas por cuyas paredes guiaron los colores espesos.

Mucho más joven es la escritura, cuya historia parece remontarse a hace unos 5500 años. En la memoria de esta actividad puede verse también el tamiz de la fortuna. Un excelente clasicista español, cuyo nombre me callo para no condenarlo a ser relacionado conmigo, explicaba en un curso magistral que el contenido de las tablillas que atestiguan el lineal B, aquel antiquísimo sistema de escritura silábico del griego micénico de entre los siglos XV y XIII a.C., es de carácter primordialmente administrativo. Por ellas he aprendido acerca de los litros de aceite de



oliva ofrecidos a los dioses en alguna celebración de Creta, el número de soldados que protegían las costas de Pilos, las dotaciones de cebada que se cedían a distintos gremios, y he leído también una lista que consigna el número y tipo de esclavas y jóvenes esclavos.

Cuando escuché por primera vez sobre la existencia de una escritura enigmática, más antigua que la del griego como hoy lo conocemos, y que apenas había sido descifrada a mediados del siglo XX, imaginé casi por instinto que sus testimonios darían fe de gravísimos secretos y de mitologías extraordinarias. No supuse que me hallaría traduciendo libros de impuestos en viernes a las cuatro de la tarde.

Las Moiras tienen humor, por eso brindo con ellas. Quisieron que pervivieran las inscripciones administrativas porque estaban hechas en barro, un material que resistió —y en algunos casos incluso fue fortificado por— el resol de los incendios que redujeron a cenizas los palacios micénicos. La arcilla se solidificó en el horno laberíntico, mientras que cuanto hubiera sido escrito





sobre otros soportes, como las pieles de animales o incluso el papiro, que ya circulaba en el mundo mediterráneo en el siglo XV a.C., fue incinerado. Es natural que las escrituras que nos sobrevivieron se realizaran en tablillas de arcilla porque era un material sobre el que podía volver a escribirse o que podía desecharse con facilidad.

No es, pues, sencillo predecir qué información subsistirá en el futuro, dado que la perdurabilidad de su soporte no es más que una de las condiciones que contribuyen a hacer la información más longeva. Ésta debe también considerarse relevante en términos culturales: en torno al valor del contenido que intencionadamente se salvaguarda debe existir un consenso generacional y proyectivo. Esto está del mismo modo sujeto a los más azarosos acontecimientos y toda tarea de proteger ciertos datos no es nunca más que una intención que se actualiza en el tiempo, pero que tiene ya marcada una fecha de cierre y una causa de muerte, aunque nos sean todavía ignotas: la imprevisibilidad de la guerra, de la catástrofe natural, de la revolución en la cultura. Preferiría no

joderme esta bella tarde azul celeste meditando sobre la biblioteca de Alejandría.

Es también muy posible que el código mismo se pierda. Si seguimos pensando en los griegos, la escritura Lineal A hallada en la isla de Creta no ha sido todavía descifrada, y no hay nada que indique que esto cambiará pronto. De ello concluyo que es posible una destrucción relativa de la información: aun si asumimos que algún día la fuerza computacional de las máquinas logrará resolver el enigma de aquel silabario, la información habría estado de facto perdida para todas las personas que hayan querido acceder a ella y que murieron antes de que fuera de nuevo posible interpretarla.

Esto está relacionado con la naturaleza fluctuante de la información. No se trata de un fenómeno binario, que pueda resumirse en su existencia y su ausencia como únicas alternativas. La inaccesibilidad es ya un tercer estado, muy paradójico, por cierto, de esta sublime substancia, y no puedo imaginar cuántos más hay que ni siquiera sospecho.

Si me centro sólo en la inaccesibilidad e intento analizarla, podría decir que





encuentro al menos dos subespecies: una subjetiva —cuando una persona no conoce un sistema, como la lengua o la escritura específica—; otra cultural—que implica una distancia contextual en cualquier nivel, como la falta de referentes centrales para la interpretación del mensaje— y otra objetiva —cuando el código mismo o el formato son irrecuperables—.

De nuevo, cada tipo inaccesibilidad tendrá sus mil categorías y yo me arriesgo a excederme de aristotélico y hacer de mi rápida lucubración un tratado. No es mi objetivo. Cuando comencé mis reflexiones sobre este tema, tenía una interrogante en mente: ¿dónde existe la información? Estoy consciente de que la pregunta tiene el aire de estar mal planteada, y sé que todo wittgensteiniano|cerró el libro antes de llegar al segundo signo de interrogación. Debo decir, sin embargo, que es ésta una pregunta retórica, y estoy perfectamente consciente de que no tiene respuesta. Y es precisamente esta falta de respuesta lo que me parece fascinante.

La información, quiero creer, es un proceso, y no un ente. Ocurre a través de

múltiples etapas y nunca está del todo completa, pues tiene también un carácter cíclico que le permite incorporar elementos nuevos a procesos repetitivos y repertorios semicerrados. Antes de descubrir esta perspectiva, habría yo respondido que la información se encontraba en el soporte, pues en mi idioma no es inusual decir que “un disco tiene información” o que “se horró la información de una memoria USB”. Es interesante que la parte física de la información —la letra, el sonido, el dato— no sea más que una potencialidad, pues nada significa en absoluto a menos que la intervención de un interpretador —y uso esta asonante palabra pues no es lo mismo que intérprete, ya que aquí me refiero al mecanismo y no al ser humano— la llame a la vida.

Hay otro nivel de complejidad, más sutil y dado casi por sentado, que participa del soporte, pero que no es su sinónimo: me refiero al formato, que es en realidad una amalgama inseparable de código-soporte. Tengo problemas definiendo esta proteica palabra. No soy el único: en el diccionario de





la Real Academia Española no hay tampoco ninguna propuesta que con exactitud corresponda al uso actual del término.

De manera aproximativa, un formato es un protocolo, una convención en la presentación de la parte física de la información. Es fácil ver esto en la revolución informática que comenzó el siglo pasado. Un mismo soporte (un CD, por ejemplo), puede contener archivos estructurados en distintos formatos (los cuales por convención se indican con una extensión al final del nombre del archivo y precedidos de un punto: .avi, .doc, .txt). Es en este punto en que se revela el carácter anfíbio del formato: a pesar de no ser el mensaje, es decir, el fin de la comunicación, se estructura de manera similar a uno, pues establece una suerte de código en sí mismo, con reglas necesarias para su correcta lectura. Un mismo mensaje —supongamos en este momento una canción— puede estar estructurado en distintos formatos —como .wav, .m4a, .mp3 o el infausto .wma (señalo sólo las extensiones y no los nombres porque hacerlo volvería tediosísima la lectura)—. Y, es más, el mismo mensaje puede convivir en



un mismo soporte en múltiples copias, aunque todas tengan distinto formato.

Esta serie de convenciones de presentación son también dependientes del soporte. Lo que se modela en un formato no necesariamente puede transferirse de manera directa a otro soporte. El soporte mismo, al ser también convencional y puesto que de sus características depende también la interpretación, se encuentra de igual modo en el espectro del formato. A pesar de ser ambos discos, no puede escucharse un vinilo mediante una casetera ni hacer que un reproductor de CD lea un DVD. Esto mismo pasa con los formatos de los archivos, que suelen ser inaccesibles para los interpretadores que no fueron pensados para ellos, a menos que se los haga pasar antes por un proceso de conversión. El formato no es el código, pero funciona de una manera similar. Su diferencia consiste en el lugar que ocupa en el proceso de transmisión de información: es un estadio intermedio.

Me pregunto hasta dónde se extiende el dominio del formato si se lo considera desde esta perspectiva. Quisiera pensar que incluso





las lenguas naturales tienen un formato, que es nuestro medio y que casi no distinguimos porque estamos en él inmersos como peces en el océano. En la lengua oral, fonética y fonología son quizás marcas de formato. De todos los sonidos posibles que nuestro aparato fonológico puede producir, la lengua oral recoge una selección muy reducida y los da al uso convencional de sus hablantes, que se aventuran poco a buscar fuera de este repertorio. En mi escritura, ¿es acaso el alfabeto, el brevísimo catálogo de signos, el formato? Después de todo, si algún elemento ajeno a las veintisiete letras se inserta en una palabra, es simplemente ininterpretable aun si está hecho de la misma tinta y lo rige el mismo principio de trazo.

La importancia del formato, como he dicho, ha ido en aumento con el paso del tiempo, pues su proliferación es necesaria en los complejíssimos procesos de comunicación actuales. Ante ello, intencionalmente se ha buscado engendrar soportes capaces de albergar e interpretar un mayor número de formatos, y éstos han hecho a su vez de esta adaptabilidad un campo fértil para seguir

variando. Un ciclo lépico de procreación que no cesa.

Que el formato sea una convención de estructura no quiere decir en realidad que se requiera más de una persona para establecer uno. Su convención es más bien una oferta, y también lo es en el sentido más económico del término, pues los formatos concurren entre ellos. Muchos de ellos no lo hacen, y son más bien de uso interno, para su uso en pequeñas comunidades científicas como laboratorios. Otros, sin embargo, tienen pretensiones de homogenización más ambiciosas, a veces por crear un estándar internacional para facilitar ciertas actividades, a veces por razones estrictamente mercantiles.

Una ironía más a nuestra cesta: la exuberancia de estos útiles de transmisión y remembranza tiene como inverosímil resultado un riesgo adicional de que la información se pierda o de que, al menos, se cubra de la ceniza fina y densa del olvido. En *La sociedad del espectáculo*, Vargas Llosa dice alguna cosa sobre la censura por exceso. Retengo el espíritu, pero yo prefiero hablar del olvido por exceso.





Como ocurre sin condición con todo lo que superabunda y varía —y contra cualquier argumento que los detractores del canon puedan blandir—, las distintas clases de elementos que cumplen una función muy similar entran en competencia, a veces por la atención, a veces por la memoria, y en el caso del formato simplemente por el uso. Una convención procura imponerse sobre otra por diversas razones, pero también los usuarios suelen preferir la preponderancia de un formato, pues facilita el intercambio de información. Los organismos productores de formatos, y sobre todo las empresas, pueden instigar esta contienda, pues, de ganarla, el monopolio que pueden establecer mediante las leyes de propiedad intelectual —que más bien explotan la interdependencia entre formato y soporte y no el formato como hecho aislado— les puede generar ganancias ingentes.

Esto ha ocurrido de forma clara en distintos momentos. Uno de los mejor documentados es el proceso que hoy suele ser conocido como “la guerra de formatos de cintas de video”. El campo de esta batalla fue

la atención visual de centenas de millones de espectadores, y los contendientes fueron el Betamax —comúnmente referido sólo como “beta”— y el Video Home System (VHS). El primero fue puesto en circulación el diez de mayo de 1975, y el segundo algo más de un año después, en septiembre u octubre de 1976 —hallo información contradictoria sobre el tema—, ambos fueron ideados y presentados originalmente en Japón.

El conflicto fue consecuencia del fracaso de la negociación entre algunas compañías. Sony, que había creado el formato Betamax basándose en la tecnología de cintas magnéticas, se acercó a varias empresas de electrónica para sugerir su prototipo como estándar en la industria. Se trataba de un producto de muy buena índole: su calidad era drásticamente mejor que la oferta de la competencia. La Victor Company of Japan (JVC) se opuso a la universalidad del formato y apostó por una tecnología distinta, que permitía registrar el doble de tiempo que el Betamax, aunque con menor nitidez.

Ambas alternativas tenían también el denominador común de ser los primeros





sistemas de video accesibles en términos económicos. JVC consiguió aventajar en esta área, pues fabricó una máquina reproductora menos pesada y más barata. Esto resume la primera ronda de múltiples fases que atravesó la evolución de ambos formatos, que alternando se superaban y eran rebasados el uno por el otro. Ambas compañías ponían a disposición del público artículos complementarios, como sistemas de audio y cámaras profesionales o portátiles. Cada generación de estos aparatos era sucedida por otra en cortísimo tiempo, y fue en esta carrera que se gestaron muchas de las características que hoy se exigen y se usan de manera cotidiana —aunque se piense poco en su génesis— como la reproducción a media velocidad y la posibilidad de grabar en la cinta los contenidos proyectados en la televisión o incluso de hacer copias con enorme facilidad. En Estados Unidos, tras la introducción de Betamax y la subsecuente batalla legal que interpusieron en pánico algunas compañías del sector del entretenimiento —obviamente Universal City Studios y Walt Disney Productions— contra Sony, la Suprema Corte

tuvo que aclarar que la práctica de grabar contenido televisado no es ilegal ni puede demandarse a la empresa que crea esa tecnología por infracción de derechos de autor.

Las nuevas mejoras apostaban por nombres escandalosos para marcar su renovación del paradigma: BetaSkipScan, SL-32000, SuperBeta o Extended Definition Betamax —una cinta que tenía ya una calidad similar a la que tendría el DVD siete años después—. Como es de preverse, el mismo formato evolucionó, y llegamos aquí a de nuevo a Babel, pues incluso entre los sistemas comenzó a haber incompatibilidad en algunas características: cambiaban las capacidades de reproducción, como entre el Beta y el SuperBeta, cambiaba el tamaño, como entre el VHS y el Super VHS-L.

La victoria fue brutal: en quince años, Betamax había pasado de poseer un monopolio a ocupar nada más que un cuarto en el mercado. Al final de la década de 1980, Sony adoptó el formato VHS, y en 2002 se fabricó la última cinta Beta. En este momento no me interesa reflexionar sobre las razones





por las cuales una tecnología superior en calidad fue vencida por la opción barata y democratizadora, sino detenerme en lo que la derrota significa para la información registrada en los cuerpos de las cintas derrotadas.

La idea de escribir esta pieza se me ocurrió una noche que caminaba por Lavapiés en dirección al mercado Antón Martín. En alguna de las calles inclinadas, frente a unos contenedores de basura apostados en la banqueta, había una pila de cintas VHS medio derrumbada —como columna del Foro—. Había algo triste en verlas desechadas en grupo. Me detuve y me acerqué a inspeccionarlas. Se trataba de películas, principalmente de los años 1990. Reconocí algunos títulos, pero la mayoría me eran desconocidas, y más aun las que eran presentadas con el título doblado a nuestra lengua, pero con ese especiado toque de los españoles.

Me pregunté por qué alguien se habría deshecho de ellas. Son misteriosos los motivos que hacen que una persona se despierte un día y sin más comprenda que un objeto suyo es

obsoleto o innecesario. La gran innovación de estos sistemas domésticos de video era que permitían reproducir *ad nauseam* cualquier registro en las cintas. Esta tarde había decidido alguien que ese ciclo no tenía sentido ya. Me pareció también sorprendente el hecho de que no sentí la menor tentación de rescatar ninguna. No tengo cómo verlas. Es más, ni siquiera dispongo de un reproductor de DVD, pues mi computadora ya no tiene lector de discos. Además, me parece haber asumido que todo su contenido se encontraba ya digitalizado y que sería de algún modo accesible si requiriera verlo.

En mi casa convivieron Beta y VHS. Para cuando comencé a ver películas con cierta consciencia, el Beta ya me parecía una reliquia, un objeto raro, pues todas las películas que me compraban mis padres estaban en VHS. Cuando por alguna razón alguien se proponía ver una cinta Beta, debía sacar la anacrónica máquina de debajo de otros tantos aparatos enfundados en plástico, toda cubierta de polvo, como si se hallase en la tienda de un anticuario. Las tres generaciones construían una disímil torre:





como si de un árbol genealógico muy freudiano se tratase, en la base se encontraba el más viejo, el Betamax; en medio, el reproductor de VHS, y en la parte más alta se erguía el novedoso DVD, más ligero e infinitamente más poderoso que sus antecesores. El desarrollo de cada una de estas máquinas está siempre vinculado a las otras, pues —y por eso digo que es digno de un análisis psicoanalítico— su pervivencia depende de la destrucción de sus antecesoras y de su adaptabilidad —a veces traducida en comportamientos agresivos— frente al surgimiento de tecnologías nuevas.

Situados en el fuego cruzado, son los usuarios y los técnicos quienes se preocupan por mediar entre los formatos ofreciendo métodos de conversión. Hoy en día están en gran medida automatizados y las personas pueden realizar los procedimientos en casa. Al inicio de los años dos mil, cuando estas tres tecnologías aún convivían, el trabajo de conversión exigía máquinas más especializadas y que no todo el mundo estaba interesado ni en adquirir ni en aprender a manejar. Surgieron entonces negocios

especializados en este tipo de procesos. O, mejor dicho, los locales de tecnología —sobre todo los de reparación— ampliaron su oferta al añadir estos servicios.

Este problema no ocurría del mismo modo en la Antigüedad. En ciertos casos, los soportes tradicionales estuvieron en circulación durante milenios. Es indudable que hubo cambios de formato desde el inicio del registro de información. Son un ejemplo la escritura jeroglífica —que se escribió durante más de tres mil años—, hierática y demótica, y aun después el copto, que sirvieron para representar el idioma egipcio, pero cada uno corresponde también a un estado o uso particular de la lengua. El jeroglífico se utilizaba en inscripciones, el hierático era la versión cursiva del sistema anterior y fue adoptado para usos administrativos, y el demótico simplemente fue una derivación aún más práctica que la anterior y que da muestras ya de evolución lingüística.

Se me refutará que el sistema de escritura no es un verdadero formato. Me parece que lo es, y sobre todo en el sentido de





que participa de la difusa construcción que es el formato. Después de todo, es un paso intermedio. No es la información misma. Uno puede aprender a pronunciar el egipcio así como puede aprender a leer el alfabeto cirílico, esto no significa que por ello se tenga ya acceso a la información. Además, el sistema de escritura depende también de la existencia de su soporte, y con él varía, pues, como en el caso egipcio, en algunas ocasiones un formato le es más o menos conveniente a una superficie que a otra. Para convertir un texto de demótico a jeroglífico, es muy probable que se requiriera de un especialista. Etcétera.

La historia del hierático comienza alrededor del año 3000 a. C. La del demótico data del siglo VII a. C. Esto habla de un desarrollo lentísimo. No están necesariamente en competencia: la última inscripción jeroglífica se realizó en el 394 d.C. y el último texto en demótico que se conserva se remonta al 452 d.C. Es, además, bien sabido que los cambios lingüísticos que exigen un ajuste de formato pueden tardar cientos de años y que hay también enormes períodos de estabilidad en la lengua.



Sin embargo, el ritmo con el que esto ha ido ocurriendo en tiempos recientes es significativamente más apresurado que en el pasado. El Betamax estuvo veintisiete años en circulación. Pasó sus últimos años en completo estado de obsolescencia.

Como caídos en esta vertiginosa carrera de relevos, comienzan a acumularse soportes de almacenamiento, cargadores, consolas y pantallas de sucesivas generaciones en los cuartos de cacharros de las casas. Tengo cajones dignos de un trabajo de paleontología digital: no sé yo mismo para qué sirven los cables que ahí yacen confundidos y que son tan distintos entre sí como un dinosaurio y una gallina.

Quisiera continuar con mi metáfora. Una nueva extinción de la información está en curso. Hasta que las conversiones entre diferentes tipos de archivo no se automaticen y se vuelvan un requisito en la industria —y puesto que ni siquiera es necesario en términos prácticos para muchas de las aplicaciones de los protocolos—, una parte enorme de la información codificada en





alguno de los formatos desafortunados quedará inutilizada.

Esto es fácil de observar, pero ocurre con mucha sutileza, pues no es sólo —y no es principalmente— un problema material, sino también y sobre todo de valoración. Como he señalado antes, hay métodos de conversión. Los equipos electrónicos suelen ofrecer además un período de gracia en que dos formatos, protocolos, versiones... —busque quien lo desee cuáles son los límites de este continuum— conviven, aunque se sepa ya que uno de ambos habrá de ser desechado. Ocurrió en la transición del *diskette* al disco compacto, y de éste al USB como hegemonía. Sin duda hoy estamos en la transición entre los medios guiados y los inalámbricos. Hay memorias SSD de 500 GB que funcionan por *Bluetooth* y que pronto reemplazarán en el mercado masivo a las versiones alámbricas. Claro que esto no quiere decir que la otra vertiente vaya a desaparecer en el futuro cercano o del todo, sino que coexistirán por lo menos un largo tiempo.

Una vez terminado el período ventana de compatibilidad, la información que no ha

sido transferida pierde visibilidad. Su inmovilidad sólo puede explicarse por la falta de uso y por el olvido. Estoy seguro de que millones de personas pensaron que en algún punto en el futuro transferirían la información de sus pilas de *diskettes* que con el tiempo se iban tornando de un amarillo enfermizo. Un día, motivadas por uno de esos pensamientos aleatorios que nacen en el cerebro y que he citado antes, deciden deshacerse de ellos porque ya ni siquiera recuerdan qué resguardaban. La muerte de los utilizadores también puede provocar que la información se estanque y se pudra.

Todo esto, como he dicho antes, es una cuestión de valoración. El olvido es la regla, y no tiene esto mucho de grave. Si la información se considera preciada, la comunidad se encarga de resguardarla. Esto me recuerda el curioso caso de los videojuegos en línea creados con Adobe Flash. Para todos los que crecimos en la primera década de los 2000, fueron éstos la introducción a la variedad ilimitada y a la gratuidad de los videojuegos, pues eran en su mayoría trabajos amateurs o





semiprofesionales que se alojaban en sitios web dedicados a ello y de acceso público. La práctica se volvió masiva, y especímenes de todo género proliferaron.

El blog de Acer, la empresa tecnológica taiwanesa, afirma que se estima en más de un millón el número de *Flash games* que se desarrollaron. La tecnología, sin embargo, devino obsoleta: el 1 de enero de 2021, Adobe dejó de dar soporte a Flash y once días después lo volvió inutilizable. Con ello, una enorme cantidad de contenido creado ha quedado inaccesible. Realizar la migración a otros estándares no era un proceso sencillo. Una enorme comunidad de cibernautas nostálgicos, sin embargo, se dieron a la tarea de preservar cuanto pudieron en la ventana de tres años que Adobe había dado antes de matar su protocolo. Gracias al proyecto BlueMaxima's Flashpoint, en total ha sido salvado algo más de ciento cincuenta mil juegos en un paquete que, con la aplicación que sirve de plataforma, pesa 1.3 terabytes. Este tipo de iniciativas permite probar y

comprender la existencia de una *cultura del internet* que tiene un carácter fortísimamente globalizado y que genera en muchos individuos sentimientos genuinos, pues está vinculada de manera esencial con su historia de vida. Aun así, hay alrededor de un millón de juegos que no se salvaron, si aceptamos las estimaciones arriba citadas. BlueMaxima's Flashpoint mantiene una hoja de cálculo abierta donde continúan con la participación de incontables individuos los esfuerzos de localización de diversos títulos propuestos por el público¹.

Contrario a lo que mi obsesión con el tema parecería indicar, trato este asunto con la cabeza muy fría. No creo que haya que hacer esfuerzos por preservar cada dato que exista, pues la labor memorial tiene límites, y una gran parte de la información en circulación no puede ser calificada de nada más que desperdicio. Para otra gran parte, llamarle desperdicio es incurrir en un eufemismo. No digo, pues, que sea posible ni deseable detener el proceso general de

1. La hoja es accesible en el siguiente vínculo:

<https://docs.google.com/spreadsheets/d/1VZawh2YpTHY6UZ8XJ64UYoL12w9ZA8qdP-KEzMMw2HU/edit#gid=1404230976>





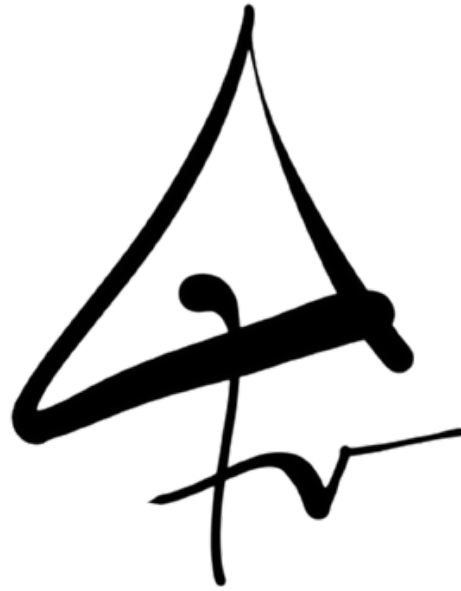
desmemoria. Sólo me resulta curioso observar la persistencia del olvido, a pesar de todos los esfuerzos que la civilización haga por escapar de su denso velo. Cada individuo y cada sociedad debe tomar en sus manos la conservación de la información que valora.

Ciertamente el panorama actual es mucho menos trágico que en el pasado para los amantes del registro. La apuesta contemporánea por la reproductibilidad —recuerdo aquí a Walter Benjamin— tiene como efecto una mayor probabilidad de que la información perdure incluso por mera casualidad. Ahora, es de notarse que la nueva tecnología no privilegia como tal la durabilidad, la trascendencia. La degradación del soporte implica siempre el riesgo de que la información se vuelva irrecuperable, aun si éste no sufre un particular trauma o si sobrevive materialmente. Recuerdo la historia trágica de los rollos del Mar Muerto, que casi por casualidad fueron recuperados e inmediatamente transcritos y estudiados a partir de 1946. Hoy, menos de un siglo después de haber sido develados, muchos de ellos son ya ilegibles.

Quisiera cerrar mi texto llevando a tierra el tema, pues mi argumentación tiende a elevarse con la alada teoría, cuando, en realidad, son sensaciones muy mundanas las que me provocan estas cascadas de pensamientos. La memoria en su estado físico no está centralizada: por toda mi casa y en no sé cuántas ciudades distintas, tengo dispersos fragmentos físicos de mi memoria, que he dejado a la espera de ser reunidos y organizados. Preveo ya que muchos de ellos serán irremediamente accesibles para mí incluso mientras estoy vivo. Me resulta paradójico que la sensación de seguridad que la reproductibilidad y convertibilidad provocan sea en cierta medida la causa de la nueva destrucción de la información: como sé que es tan sencillo hacer una copia, postergo el paso de la idea al acto de manera indefinida. Tengo razones para creer que no soy el único. ¿Y tú, lector, cuánto tiempo más pasarás sin digitalizar las fotos de tus padres o las cintas con los videos de tus hijos cuando eran niños?

BACHILLER FABIÁN RAMÍREZ







EXCALIBUR



O LA ERÓTICA DE LA ÉPICA

Una cálida noche de enero me encontraba haciendo mi maleta para un viaje de trabajo a Yucatán, y al terminar me dispuse a ver una película. La tenía en mi lista de pendientes después de ver un montaje en twitter que me dejó intrigado. El video mostraba distintos planos de combates, miradas intensas y cabalgatas que desprendían un aura mística; estaba acompañado de un mensaje sugiriendo que el cine de caracterización medieval debería haber seguido esa línea estética en vez de la planteada por la serie “Juego de Tronos” en los 2010s. El mensaje también mencionaba el nombre de la película: “Excalibur”, que es de John Boorman (1981). Decidí que tenía que verla. Afortunadamente, la película no decepcionó.

Basada en la novela “La muerte d’Artur” de Sir Thomas Malory, el argumento sigue la vida del mítico Rey Arturo, desde su concepción producto de las pasiones del Rey Uther Pendragon y los conjuros de Merlín el Hechicero hasta su muerte a manos de su hijo monstruoso, el malévolo Mordred. El hilo conductor de la narración reside en la relación de los personajes con la espada Excalibur, extraída del lago y luego enterrada en la piedra, sanada en las aguas y luego abandonada en el bosque, para dar un

último brillo y prueba de lealtad al ser devuelta al lago y garantizar el futuro retorno del moribundo Arturo. En medio, hila varios episodios de los miembros de la Mesa Redonda, principalmente de Lancelot y de Perciphal, a quienes plantea como los mayores satélites del drama artúrico en varias ocasiones. La película tiene vocación comercial en el espíritu de las fantasías cinematográficas que se produjeron a finales de los 70s y principios de los 80s en el mundo angloparlante, por lo que esperaba una aventura de capa y espada; terminó sorprendiéndome por algo más: la potencia erótica de su épica.

El mundo de Camelot y sus juramentos, duelos, hechizos y viajes iniciático-redentorios es uno cargado por la fuerza de los arquetipos míticos ancestrales, pasados por una pátina de cristianismo que los vuelve caballerescos. Estos ideales parecerían pecar de inocentes o mojigatos incluso, pero nada más alejado de sus planteamientos. Al quererse códigos de conducta para el guerrero en el mundo medieval, estas historias están llenas de bajas pasiones conocidas por todos: excesos de lujuria y rencor, ambición y orgullo que hacen chocar a los habitantes de esta Britania legendaria





en vorágines caóticas. En este mundo, la virtud sólo puede templarse en el ejercicio de la dialéctica de pasiones, mostrándose entonces con el valor que estos relatos buscan otorgarle. Recordarán algunos lectores mi reseña de *El hombre del Norte*, donde hablé de la épica y su esencia en el ensalzamiento de hechos admirables. En estas historias caballerescas, esta admiración reside en el combate entre fuerzas físicas del mundo y las pruebas morales que pasan sus personajes; al ser un relato cristiano, adquieren un matiz espiritual que las vuelve místico-épicas.

“Excalibur” encarna esta propuesta literaria en el arte cinematográfico mediante la hiperestilización, en todos sus sentidos. Desde la fotografía, inspirada por el romanticismo medievalista con sus atmósferas de luz vaporosa y sus tinieblas coloridas, hasta su propuesta actoral donde los intérpretes buscan el arrebato y la pose más que el realismo psicológico. Rostros diáfanos de pupilas dilatadas forman su corazón expresivo junto a paisajes misteriosos y bucólicos, donde la acción desbocada funciona primero como una manifestación más de la afección que mueve a los personajes y después como elemento en el mundo objetivo. Los personajes, e incluso la historia, sienten y luego



úactúan. Estas fuerzas enfrentadas del mundo artúrico trascienden el bien y mal, adentrándose en los pantanosos terrenos del deseo y el deber para plantear dilemas que resultan tan violentos como el más duro de los combates. La única fuerza caracterizada enteramente como maligna es el rencor, el cual será origen la abominación que es Mordred. Esto no es ningún accidente, sino producto de su vocación cristiana: el perdón se plantea como valor último, su antítesis como el pecado máximo.

Al caracterizar estas potencias que rigen los destinos de los caballeros, damas y hechiceros, el filme explora la carga erótica del amor romántico, de la ambición de poder, del éxtasis religioso e incluso del amor filial en las conciencias que se ven atravesadas por estas fuerzas.

Más allá de las evidentemente eróticas escenas de seducción y encuentros carnales, otras secuencias como los combates y juramentos entre caballeros, damas y hechiceros poseen una fuerza en la fisicalidad de su puesta en escena y en la potencia de las miradas de sus personajes que los vuelven igual de eróticos que los actos directamente sexuales.

La película no reniega del sexo, al contrario, lo eleva a la categoría de acto espiritual al igual que





otros momentos de intimidad que comparten sus personajes. El perdón de Arturo a Ginebra en el convento donde ella se recluye es tan intenso e íntimo como la relación sexual que ella tiene con Lancelot en el bosque después de que este la salve del escarnio público; es tan erótico-tanático el encuentro místico de Perciphal con el Grial mientras pende del árbol donde lo condena a morir Morgana, como el fatídico duelo final entre Arturo y su hijo-abominación en el apocalíptico campo de batalla. En “Excalibur”, el erotismo es el arrebató espiritual poseyendo a la carne fuerte o débil, vigorosa o exhausta.

La realización de la película juega siempre en favor del choque de fuerzas, que vuelve centro del erotismo. Los ires y venires amorosos entre hombres y mujeres se muestran en la misma intensidad que los combates entre orgullosos caballeros (que tienen no poca carga de homoerotismo). La cercanía y la lejanía de la cámara se alterna en un juego que privilegia primero el ritmo y luego la lectura de la situación, así como el contraste entre los movimientos de cámara y la estasis, siempre desde el preciosismo.

El lenguaje de la película forma el erotismo



en su afección estratégicamente planteada entre duplas de lejanías y cercanías, movimiento y estasis que se alternan de forma cuasi-musical. Este juego es conjugado con un diseño de producción que opera en comunicación con el imaginario de la Baja Edad Media, mostrando edificaciones y diseños medievales conviviendo con elementos de inspiración neolítica y de las edades de los metales.

La película arma una fantasía que los personajes viven como un constante delirio donde el mundo exterior y sus fuerzas se confunden con el mundo moral que los habita por dentro. Esta articulación entre el mundo exterior y el interior llega a su punto máximo en la metáfora del reino artúrico como manifestación del cuerpo y mundo interno del monarca. El cuerpo del reino es el del rey, y su corazón lo gobierna: cuando Arturo reniega del poder por compasión a sus seres amados, el rey cae enfermo y por ende el reino cae en desgracia, volviéndose un erial. La sincronización de mente, cuerpo y reino en “Excalibur” es una metáfora de la condición subjetiva de la experiencia de la realidad, retratada filmicamente en la sucesión de tamaños de plano y situaciones envueltas en la misma aura místico-erótica.





Asombrado por la fuerza de sus imágenes evidentemente artificiales y sus actuaciones carentes de cualquier “naturalidad”, la película me recordó una verdad que creo sobre el arte de la ficción: no importa lo lejano que esté el mundo imaginado de nuestra cotidianidad o de nuestra idea de lo “real”, mientras haya un mínimo de mimesis y una expresividad potente, los mundos más fantásticos e inverosímiles pueden hablarnos de nuestra realidad con la fuerza de los sueños. Sueños de caballería, de amores, pesadillas fatídicas y arrebatos extáticos pueden calar hondo y volver al inconsciente del que salieron, como la espada sale del lago para regresar a este. Entre estos pensamientos y sentimientos, cerré mi maleta y me preparé para el rodaje de Yo lo comprendo, tesis filmica de mi amigo Guillermo. Ese sería un viaje cargado de luchas contra el tiempo, los aparatos electro-mecánicos y el clima, pero esa es otra historia.



Sebastián R. R.







INOCENTE SABIDURÍA



He reído como tonto. Las conductas de los hombres dan rienda suelta a mis burlas. Alcohólicos, chismosas e intoxicados. Ven ellos cosa seria sus dimes y decires. A mí la verdad me causa la más irónica y absurda gracia. Les insto a repetir aquello que les enoja con la intención de reírme a carcajadas. Carcajadas no mal intencionadas, pero sí malintencionado mi verbigracia hacia lo que a ellos le es asunto de vida o muerte. ¿Por qué será que esas conductas causan gracia en mí?

Algunos dicen que los humanos ríen por absurdecies. Lo absurdo risa causa y la risa prueba da de que la existencia en sí absurda es. Es tan perfecta que no tiene sentido. Ciclos van y vienen. Al final, volvemos al mismo lugar. ¿Será que el inconsciente sabe de ese absurdo y con burla hacia lo perfecto desencadena en nosotros risa por la inocencia de otros? Estoy seguro, nos reímos de la inocencia, nos reímos de un cálculo perfecto en mente de un amigo que al saltar pierde el equilibrio y rebota como pelota de playa. A carcajadas nos ufamamos del que cuenta no se da y tropieza. Reímos de las sutiles palabras de un niño expresando sus primera vocales y gestos graciosos. Todos ellos no saben, son sobrios.

Las risas más acaloradas provienen de las pasiones de los sobrios y las verdades de los ebrios ¡Inocencia! Estamos tan entregados a la razón que la inocencia causa en nosotros sublimes emociones y felices después de unas buenas carcajadas. Preguntarnos pues: si es sublime la inocencia ¿será -la inocencia- lo perfecto buscado por distintos credos y religiones? La inocencia prescinde de color, se expresa sin máscaras, la mentira le es ajena. No sabe quién es. Es perfecta, sin atributos ni extensiones, se parece al vacío y no al mundo de las formas. Las formas aparentan más y celosas son de mostrar su esencia. La inocencia es la esencia de las formas y de las cosas. Durante milenios, los sabios buscando la verdad por recónditos lugares encontraron sus huellas en la cosa en sí, es decir, en el fundamento primero de lo existente. Sin voluntad ni intención, la verdad no tiene nada que decir, es ente, es inocente, como inocente es el llanto del borracho, la sonrisa de un bebé o las habladurías de la anciana del frente. Cada uno inocente a su modo. Si han de buscar la inocencia, oigan al ebrio, escuchen el tránsito del viento de entre los pinos, deléitense esculcando en lo bello y hasta fijando atención en la estreches mundana de los que vigilan





puertas y ventanas.

No sólo lo sublime es inocente, lo malo también. El punto de partida hacia lo sublime inicia sin previo conocimiento de lo justo e injusto; por instinto actúa, dominio de sí carece. Es inocente. Experiencia falta le hace. La razón no ha madurado. No sabe. Lo instintivo es inocente, como inocente es la mirada del Guepardo al sofocar la gacela. Hay humanos con miradas inocentes. Lo instintivo les domina y la razón le es ajena. Debería pues, el clérigo buscar la inocencia del mal y dar fe de sus razones suficientes antes de invitar a sus séquitos en seguir ejemplos de santos inocentes, que eones pretéritos, fueron inocentes como el guepardo, la gacela.

Si cuenta nos damos, la sabiduría del borracho solapa el falso testimonio de aquellos que obligan a los demás a buscar la perfección en un mundo ajeno a ella; Sin filtro, el borracho drena sus emociones reprimidas; el clérigo amenaza con infiernos a todo aquél que preparado no esté para retornar a lo sublime. Si preparados no están, ¡déjenlos en libertad!, su propia consciencia les guiará en el camino. Tal vez la misma inocencia del creyente le incita a buscar refugios en lo externo, en imaginarios dioses. No les culpo, poco racionales, emocionales

e ingenuos son. La humanidad es tan racional que aparenta una inocencia de hule, despejar pues ese hule y la inocencia saldrá del alma a borbotones. El humano aún no se ha encontrado a sí mismo, está en camino, en futuros lejanos volverá a la sublime inocencia, por lo que la inocencia perdida encontrará y al vacío retornará. Me garantiza la verdad el borracho de la esquina, quien a cuatro soplos ventila lo que realmente en su ser habita. ¡Creo en el borracho! Me dice la verdad, su verdad. Y esa verdad, tan inocente es, que causa gracia y careajadas vienen. El sentido lógico del sin sentido es lo absurdo y lo absurdo es gracioso. Riámonos de nosotros mismos, pues a ratos inocentes somos. No nos preocupemos, el fin último de nuestra existencia es regresar al eterno vacío que detrás de las cosas está. Ese es el trágico y hermoso destino del alma.



Édgar G. Cuéllar









¡CALLAD, QUE NO SE DESPIERTE!



La voz de un poeta nunca es suya
porque la voz penetra donde el hombre se ha ido
(es por eso que le llamamos poeta).
La voz avanza por el cuerpo inundándolo todo
para tropezar, a veces, con un pedacito duro de hombre.
Entonces borra, corrige, escribe con el pie roto
y sudando estruja los orígenes.
La voz, aún en silencio,
le dice ternuras en la frente, le hace caricias en el hombro
y va preparándole un lecho de calientes palabras
donde morir a gusto.
Porque la voz ha olisqueado debajo de las ropas
y sabe exactamente qué es lo que nos espesa la sangre.
Al hombre no le gusta sentir que está imitando,
ni probar a otros hombres, aunque la voz lo traiga.
La voz entra y derrumba siempre,
entra y estruja el corazón
y sobrecoge con su traje de luces
y palpita dentro del poeta
como un caballo salvaje que le vence
y lo echa por los aires y le da suelo
y le hace mirar más abajo aún, en las raíces
y más adentro aprieta sus células para que suelten tinta
y se derramen por el folio como una geografía inexplorada,
como un mapa nuevo y delicioso





onde encontrar emociones, recodos de alegría,
pedacitos aún extraños de nosotros mismos,
espacios donde aliviar lo que nos pesa.
El poeta desafía su propio cuerpo, su propia razón
desubicada
para decirse, para decirnos:
¡Que existe un mundo inmenso que no vemos
y nada puede darse por sabido!

Ana Jiménez Pazpatti







SMARTPHONE



Toda literatura fantástica y el cine desde hace más de 80 años nos habían preparado para un futuro donde los coches volaban, nuestra ropa era metálica, vivíamos en la luna o comíamos comida de astronautas, sin embargo, el futuro era esto, este pequeño espejo negro que tengo en mi mano y con el que puedo hablar con una persona igual de sola que yo que se encuentra ahora mismo en Alaska

FUENTE: TERTULIANO DEL PROGRAMA “LA VENTANA” DE LA CADENA SER (2008)

Yo te amaba, futuro. Progreso.

Occidentes, los niños, te mecimos

Con nuestra altura de hombres y mujeres,

Con nuestra cuna de fémures y húmeros.

Meciéndote, occidente, niños tuyos.

Rubio promeso de los esperanzos,

Adolescente bruna de las sueñas

Que teníamos porque, occidentes,

Todas las niñas te amábamos,





Progreso, futuro. Entonces.

Pedíamos tan poco:

Que los coches volaran,

Que las botas se ataran solas,

Mirar el tiempo como al hámster

el pajarito que las niñas malas

Guardan en una jaula de sus cuartos

Y los pinchan cuando apagan la lámpara

Por ver qué aguantan.

Sentir su miedo, así, al pertenecernos.

Cosas simples como marcianos en un bosque,

Robots como un jardín de dulces próstatas,

Un pisito en la luna, el fin del hambre,

Un botón para la lluvia,





n botón para los hijos.

Cosas simples, futuro, dosmildiez,

Porque tus niños te amábamos

Con nuestra alturita y una cuchara

En la que nos peinábamos a las 8:00,

Con la que comíamos a las dos.

Una cuchara para esperarte

Moliendo relojes con un pasapurés.

Nadie nos advirtió de que la luz

Al final del camino era un led

Y que los lerdos se alumbraban la alegría

Con ella

velaban la infancia del pan nuestro

De cada vida.

Luces táctiles para los incendios



Iván Onia







DESAMOR EN METRÓPOLIS



Metrópolis como una cascada de ojos

Donde la lluvia es traqueteada por zapatos,
que la corrompen con su tacto ácido.

A 29 de marzo de 2019

Las terrazas anuncian su derrumbamiento-

sobre la Metrópolis cae la gran cascada.

Una bestia como órgano sexual abierto
en una cadena yerma ininterrumpida.

Abiertas bocas claudican desnudas inciertas

vibrantes lenguas auscultan

latidos desfogados follajeados

alzando vuelos incómodos mojados besos

verbos acero electrificación

De tus párpados surgen voces

-entre-

que provienen de planetas negros.

Eres de aquí

y vienes de fuera

eres como el mar embravecido

Calmo en tu tempestad.

Vórtices enlatados límpidos latas atún calles embadurnadas

cuadros difuminados aletas secas en la orilla...

En Metrópolis veo su mano ascendiendo desde las cañerías como
las ratitas.





en la flor de un parque abandonado
donde hojas de cosas caen por el
asfalto.

En Metrópolis, en ocasiones, te sientes caer en la vorágine.
Te falta una sensación de Verdad. Hay tantas caras histriónicas y
tan pocas almas que vivan sinceras que sacarías tu fusta para
azotarlos hasta hacer brotar de la carne abierta la esencia.
Te vuelves violento y luego haces penitencia pidiendo perdón a
Dios, porque tú sí crees en ellos.

Quieres salvarlos. ¿Por qué? Esa es tu naturaleza.
Eres ese ser que es capaz de ver y quiere mostrar el camino.
En Metrópolis algunos sí viven.

-Metrópolis: melancolía-
La lluvia cayendo en el velo de
terciopelo de luz eléctrica
sobre el árbol
como lágrimas que se derraman
de una estatua sacra; ancestral.
Melancolía; metrópolis.

Es una sensación física
-atrapa-
como grapas
en Metrópolis
y no en cualquier lugar





-porque a veces hacen falta flores-

Me siento bañado en ennui

en spleen

la Melancolía en el estómago (arriba) y el
pecho.

Un golpe fuerte.

Un enamoramiento al revés.

Te sientes como un astronauta sentado en un planeta solitario
donde han cortado todas las comunicaciones y nadie te oirá
nunca ni quieres que lo hagan. Tú has cortado las
comunicaciones. Yo he cortado las comunicaciones y me he
sentado aquí, en este paraje polvoriento, solitario, abandonado,
donde tal vez algún día de mi sangre y de mi cuerpo broten
árboles y arroyuelos que se convertirán en ríos y mares y
océanos, trayendo conmigo la VIDA a este mundo desértico... me
he sentado aquí y me he levantado y he gritado hasta que la
garganta escuece y los ojos rojos de llanto lagrimean sin cesar y
luego cesan de lagrimear y te tranquilizan... me he sentado aquí,
a mitad de la luna muerta, para ver metrópolis morir desde un
ángulo nuevo, desde los recuerdos donde tú y yo, ella y yo, en
ese otro mundo, bailamos juntos al son de la música del violín en
algún lugar de agua muy alejado de esta tierra árida de
melancolía, de acidez de aire, de desamor en -metrópolis- ...etc.



Daniel Rabal Davidov







EN LA consulta como en la cat edra
no hay una mirada que
su humo
CER QUE

Cuento de viejas o
prosopopeya hebrea o
criterio diagnóstico, consultar
el DSM-5

"En el desierto no hubo ser personal diciendo palabras leídas a la
luz de una obsidiana no hubo mente antigua tensando un hilo no
hubo ojo afiladamente carmesí sudando hormigas por tragar la
nube de polvo levantada por un derrumbe solo estaba nuestro
amigo el amigo de todos con su propia humanidad"

declara Nelson Gonsales, esejota

Mientras tanto:

alguien bebe el vino de la ayahuasca
y en su vvuelo
conoce al jaguar y a la serpiente





alguien
despliega el Libro Egipcio
Vía

Arcana

Emblemática

código y

canal

{ de un mensaje
★ de un emisor

catapultado (s) hasta la corteza prefrontal

y en la noche
(martes con luna menguante
o viernes con luna llena)

alguien

VENEFICIVM

susurra

ACCIPERE

nombres

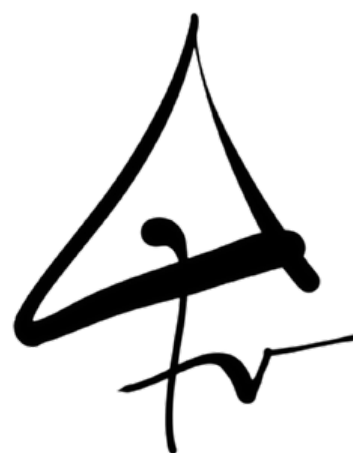
a un hilo

tenso



Javier Gato







TRÍPTICO DEL ERRANTE



Tomás Lopsant





Autorretrato

NO ES QUE NO TE CREA. SIMPLEMENTE,
ME GUSTARÍA HACERTE DEDOS EN LA LLAGA.

Despega el avión.
Enterrados en nubes
lo despedimos.



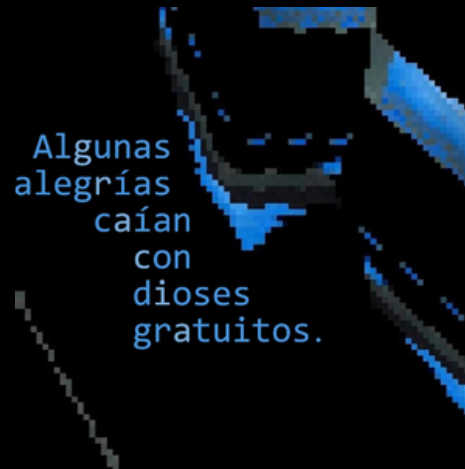


TELARAÑA

La vuelta inevitable del viaje
sería una circunstancia inusual
si se insinuara vicio invitando
a la corrosión arrepentida...

Ahogada la salida terminal
en alguna maleta que arrastra
todos los pañuelos vampíricos
perdidos entre vuelos con prisa...
Esta esquina siempre determina
el tamaño de la telaraña.





La depresión araña

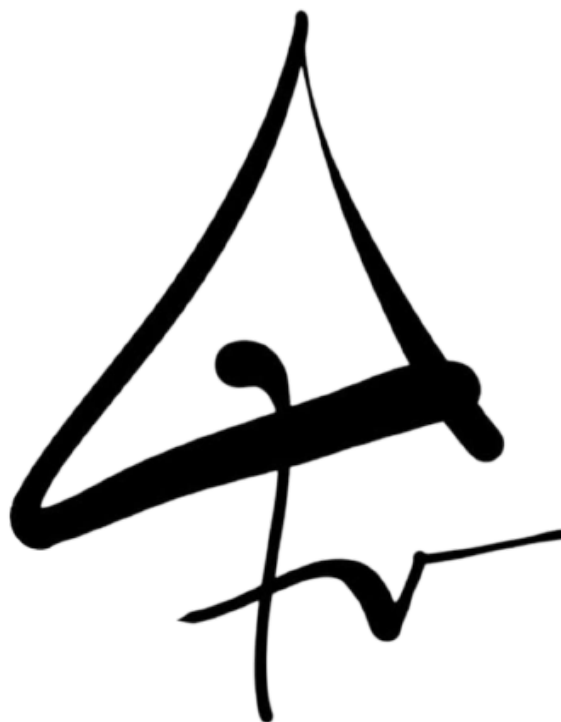
```
1 var alegrías = ["algunas", "alegrías", "caían", "con", "dioses", "gratuitos"];  
2 var dioses = 10;  
3 var gratuitos = 0;  
4 function caer() {  
5   for (var i=0; alegrías.length < dioses; i++) {  
6     alert("GRACIA");  
7   }  
8 }
```

```
1  var alegrías = ["algunas", "alegrías", "caían", "con", "dioses", "gratuitos"];  
2  var dioses = 10;  
3  var gratuitos = 0;  
4  function caer() {  
5    for (var i=0; alegrías.length < dioses; i++) {  
6      alert("GRACIA");  
7    }  
8  }
```





J





AGUAS Y CUARESMA



Sacha Thomas

Trad. Hernán Sicilia





La vocación editorial de Tipografía de Letrán, como muestra en su actividad Codex Sulpurista, consiste en el establecimiento de un diálogo internacional entre actores de orígenes, credos y estéticas disímiles. Este intercambio no podría consumarse sin el trabajo de traducción, que supera el óbice de la lengua, el primero y más importante después de las fronteras políticas.

En consecuencia, nuestro equipo transatlántico se complace de ofrecer un adelanto de su primera traducción, que aparecerá la primavera próxima. Se trata del poemario Aguas y cuaresmas, de la escritora francesa Sacha Thomas, llevado al español por el talentoso traductor y poeta mexicano Hernán Sicilia.

Sea éste el primer fruto de tantas semillas que hemos depositado en variadas tierras, alimentadas por una corriente compartida, tan discreta como poderosa, que ignora toda barrera.



Echiller Fabián Ramírez,
editor de Tipografía de Letrán





MEDIA NOCHE



Dispuesta, sobre la barra de la taberna,
mi mujer hechiza a los marinos sin puerto.
Sólo tiene una pierna.
Un último pie,
azul como el ojo empapado en la nasa
de los arenques.
Mi Venus exuda.
Brilla.

Beben tarros a la luz de su cuero,
por su lencería apuestan unas cuantas monedas.
Qué importa quién, con la caña
o con su pipa,
urdirá
el encaje más blanco
para su torso de amazona.
Se sabe que a media noche
mi criatura desgarrar su falda.
Se sabe que llueve
a media noche:
vientres frotados al sol y vulvas
de ébano.
Las ratas chillan por mi sirena,
se escucha que chillan bajo su fuego,
se les ve roer
el torbellino de escamas iluminatorias que se desprende de su vientre.
Sólo en la sapidez y fluorescencia se igualan sus cascabeles divinos.
La dicha de estar mojado
de carne y de luz.





SENATUS POPULUSQUE ROMANUS

Tú, la
sacerdotisa.
Yo,
boca y encías extraviadas tan cerca de las tuyas.
Tú, inclinada tan lejos del ónfalo,
tú y yo, entrelazados sobre el trípode.
Juntos
en el trance.
El último oráculo no dice nada.
No guarda nada; sólo significado.

—Tu pequeño Lou se parece al Hombre lobo...
Lucrecia, Junie, sirenas de cabellos verdes,
cuídense de los ávidos monstruos y sus mandíbulas.
Nosotras no escuchamos a la Pítia
Nos robamos su trípode y masticamos su laurel.
Lengua amarga,
encías cortadas por el dentado de la lámina.
El sol
recuesta sus rayos a lo largo del Tíber cuando el ansia de mamas y pezones
nos empieza a obsesionar.
Así en el agua como en la carne,
en lo mudable y lo inmóvil,
te voy a amar.





Q





III GRAFITEMAS III



// SULFUR //





++coger los sprays como quien bucea en un riachuelo de lava / cincelar
la carne del granito = tagging y oscuridad // máscaras misión mochila
rota chaqueta capucha + y en algún horizonte renacen hoy las polillas
del cretácico --- eso dicen los ancestros //
putocobardeputocurralacorrevienelos pitufos
fogata inmarcesible de la perpetuidad // en estos muros [---yacen---] los
asesinados por el olvido / ven / al / loco - ritual / coronación del polvo y
la ceniza / aquí brotan tréboles de sautré + pintamos los putos helechos con
Montana Colors [FZFZSSSSSS FZSSSSSS FZSSSSSS] astro-fat-cap
[RMYM GOMOM]
entre los dedos / motosierras y asfixia /
entiendes? entiendes?
entiendes o qué?
/ grita / gime / llora / fluye / exhala / escupe / vomita / redime
la podrición de las amapolas que germinan sobre tu pecho
// NO / aún no has alcanzado / NO //
(((el cligúghMOM)))
a.b.s.o.l.u.t.o

446

...

..

.





+no duelen las sogas las navajas los silencios :::: duelen las mariposas
infinitas revoloteando furiosamente sobre tu frente ácida ^ eterno vals
(~~de colores~~) en la crueldad del adiós :::: no duelen las escolopendras los
rifles los quebrantos :::: duelen los tristes aromas de la primavera en
mitad de tus dientes ^ duel_€@#%&@ ^ duelen_como látigos d. niebla ::::

(((HOY)))

dulces serruchos danzan sobre la carne de los recién nacidos_._._

[jamás se accede a la redención[[[[[



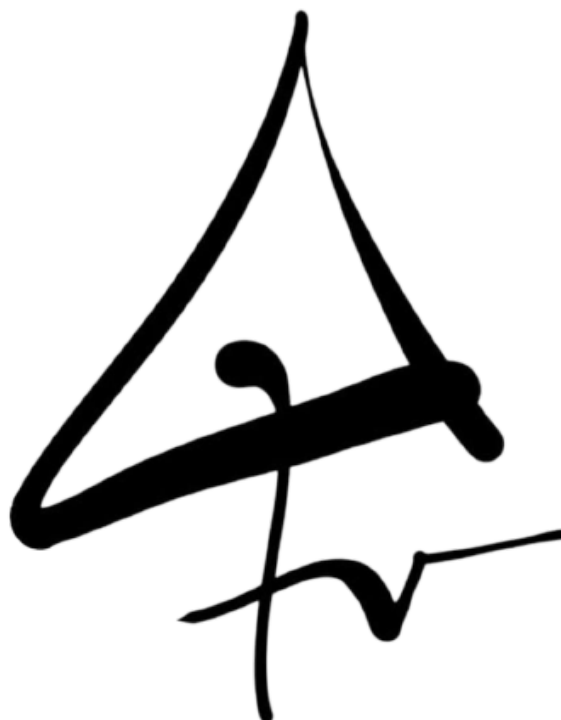


una P°LLA inserta en una [L] deforme como SÍMBOLO decadente de la 50L3D4D D3L MUNDO
no es sino una manera más de demostrar que nada importa aquí por muchos laureles que
lleve 3L A5NO en su CRISM4 o por muchos J4ZMIN35 que perfumen dolorosamente tu CV3LLO
((888)) /solos/ como método de asunción de las INÚTIL35 DI5TR4CCION3S COTIDI4NA5
((888)) /solos/ como procedimiento para encarar la verdad última de nuestra maravillosa
D3SINT3GR4CIÓN bajo el manto terrestre ((888)) /solos/ como ventana abierta hacia un
logaritmo 3STRV3ND050 que no existe+++





K





RICURA-VEN-TÓCAME TRILOGÍA TÁCTIL



Santiago Aguaded Landero





I RICURA

SI UN corazón de **S**A**L** late en la vocal
¿se dejará arrastrar por las aguas
que no traspasan el río
de tu ricura? Asomada a la noche.
el sentido de la casa es silencio.
¿Loarás el Carmen de la Ausencia o
errarás por ese laberinto de raíces
que se adhieren a la tierra
que se cuelan en las venas
y se instalan en la médula
de tus huesos?





II VEN

— **V**en, corazón, ven

para tejer este camino solitario.

Si cruzas ciénagas de calamones y líneas de agua: recuerda que la arcilla cauteriza las heridas y el agua hidrata de libertad la piel. —Ven, ventrículo, aurícula, a morir en la cueva más oscura, donde el Árbol (que camina) acoge sus flores de sombra, bajo ramas de ricino.





III TÓCAME

SI LA vida es lo que tocas

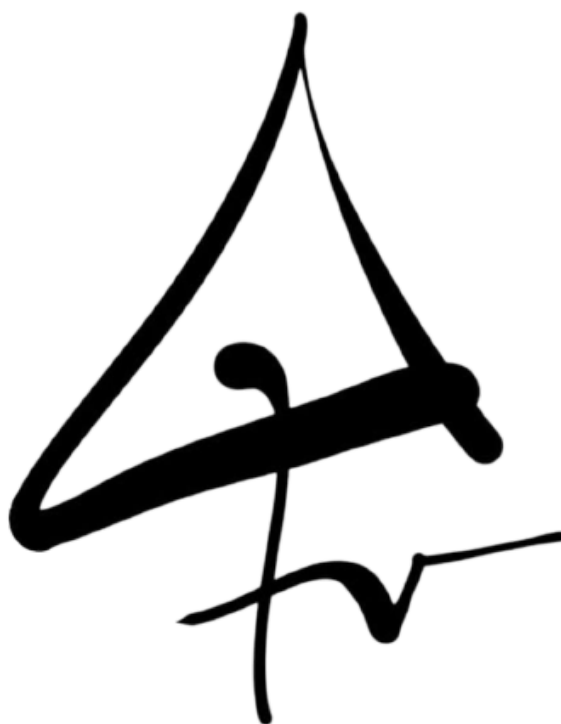
y quién sabe qué más,

la esencia real de la sangre es fuego (fluido) que retoca las sutiles articulaciones del calor. Tocar cambia el origen y el final, la mirada mental, el código de la piel (de las palabras) hasta convertirlas en Duración. Así, desaparecidos, dentro del silencio sustancial de lo Abierto, olvidamos que todo conspira -sin descanso- contra la (per)duración de la llama, contra la sombra (im)posible.



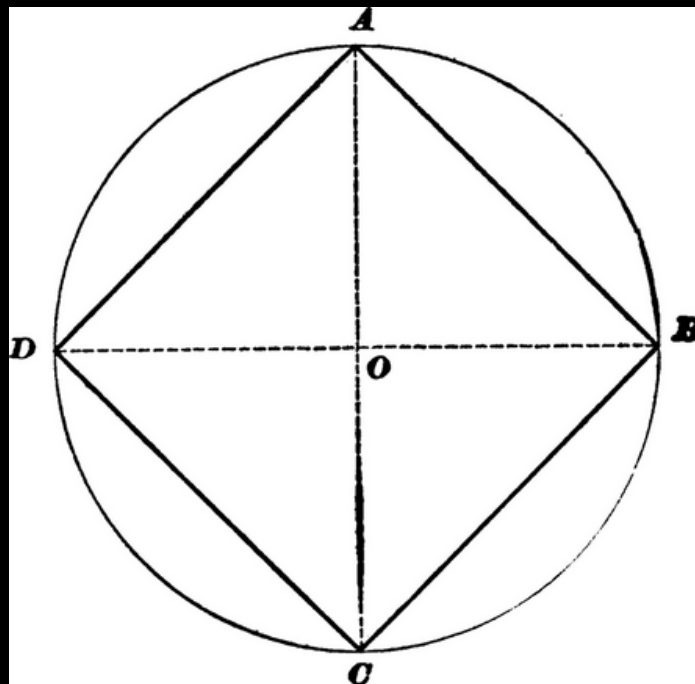


666





Ternario
+
A VUELTAS CON LA LEY



JUAN CASTRO

2024





(error 1020)

mis manos
se deshacen

transito y palpo
la sala del insomnio

caminando entre sueños
programado

parece que este mundo
ha sufrido un reseteo

veo los lazos
y redes
de la trampa
de los días
en los que dicen
que la noche
es buena





y el calabozo
me responde
cuando trato de romper
las ataduras
de mi libre albedrío

o pulsando un botón
introduzco una clave:





מִיִּטְטָרוֹן

ميططرون

sin cabeza rajada de serpiente [yo] mi enemigo de mí mismo resucitante
traspasado en la conciencia espectro de la concha transformado en versión 3.0 el
idioma del ala no existente*¹ danzado de veleta hacia el centro de la cruz principio
desde siempre en flor de loto ya no soy un robot mi incubada mandorla ha dado
a luz la madre de los diez mil seres la forma de las formas incesante me despierta
es *el cazador de sombras sagradas sobre las colinas eternas* ~~Michael~~ el arcángel el reverso del
verso del universo interno



° /// "No existo luego no hay duda" ///



(sinlugar)

v
i
v
o

s
i
n

c
u
e
r
p
o

d
e
t
r
á
s

d
e

l
o
s

s
i
g
n
o
s

l
a
n
z
o

e
l

a
n
z
u
e
l
o

e
n

e
l

r
í
o

c
o
n

m
i
s

a
m
i
g
a
s

d
e

l
a

m
a
n
o

p
e
r
e
n
e
s

b
a
i
l
o

e
n

c
í
r
c
u
l
o
s





Igne Natura



Renobatur Integra



AVUELTAS CON LA LEY











777





TRES PAISAJES MEMORABLES



Damián Andreñuk





I

Un paisaje memorable con amor hasta en las piedras
y vívidos colores como en cuadros de Van Gogh
sin el frío que convoca a la tristeza
sin sapos aplastados sobre la carretera
sólo una larga franja turquesa o extrañamente verde
y un aire siempre tibio que lleva aroma dulce
en el etéreo testamento de las flores.

Un paisaje memorable con toda la belleza gigantesca
que existe únicamente en lo que vive.





II

Un escenario propicio para la respiración o la alegría más profunda.
Dan ganas de decir *eternidad, abeja, manantial, gaviota*.

Este espacio es un milagro entre flores y conejos.
Este espacio es un vergel con bella abundancia.
Este espacio está repleto de cosas transparentes.
Este espacio colorido convoca luciérnagas.

Tanto polen y luminosidad y nubes y horizonte.





III

Es un jardín de golondrinas y ciervos y arcoíris.
Donde los buitres de la melancolía no construyen sus nidos.
Donde hay cielos diminutos entre los pétalos de las magnolias.
Donde ángeles preciosos esparcen en el viento un polvillo esmeralda.

En este reino la niñez se vincula con la lagartija.
En este reino el colibrí tiene una magia luminosa.
En este reino las hormigas son un único cuerpo inteligente.
En este reino los conejos encarnan la ternura más sublime.

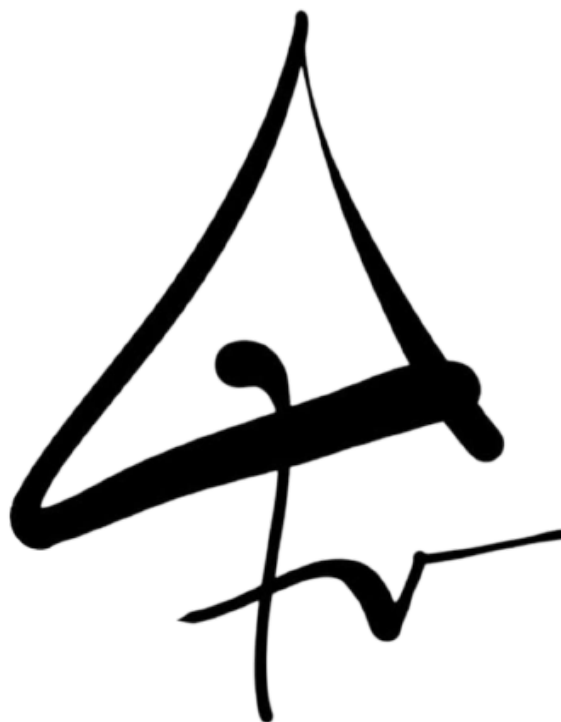
Naranjales, moreras, ciruelos endulzan el aire.
Y no es extraño sollozar cuando de a poco anochece.







XYZ





FACTORES



¿Supo a lodazal la rana? ¿Aúllas su leche en tus intestinos? Esa hinchazón de publicidad, y ese clamar de infortunado, ¿es una venganza? ¿O te convirtieron los gusanos en su hostel? Perro, ¿da mico la inaguantable súplica a los cielos? Eres una migaja, y el artesano, si es que así lo glorias, te puso a chillar en mi cerebro, y a traer de vuelta al perro sarnoso de la india María, fiel inerte.

Desprecio total al eco de los domicilios cerrados. Cantar, regañar, caerse enreda la acumulación del estruendo en los interiores de la tusta, repitiendo el canto del que se baña escuchando Gitana de Colón (esa parte de «La nota es porque es imposible seguir viviendo esta agonía / Quiero que sepas lo que yo siento / Aunque nunca podrás ser mía»), el regaño al gato que se apoderó del sofá o el chillido insoportable de la anciana al caerse. Es ocho mil veces insoportable: dentro del andamiaje óseo se gesta la locura. Y no se atrevan a callar a los clamores con un grito: en tal caso, se odiarían.

El eco no es tangible, les doy la razón; pero cobra aliento y pelambre dentro de los curtidors.

Me desharía de las bolsas negras con las que recojo las necesidades de mi perrita. Compramos un rollo y la abundancia rebasa los bolsillos de las pantalonetas gaminas. Sasha es remilgada: si no la motivo, solo pasea... Hay que demostrarle interés: «¡Haga chichí!... ¡Mire esa llanta!... ¡Qué verdura de prado!», y vergüenzas por el estilo. Y como la mayoría de las veces no da del cuerpo, volvemos y no acumulo las bolsas cerca del rollo; las dejo en las pantalonetas, y me recalientan, me estorban. Lo que me impide deshacerme de ellas es la segura noción de ahorrarme el tiempo de ida al rollo.

Imprescindible, al agotar las energías con poco menos de cinco horas de sueño, apartar un día para tumbarme en supino y contar lo que se atraviese: mosquitos patilargos y moscas vagabundas; tablas y manchas; cortinas y balcones en la unidad ricachona del otro lado; espacios entre las tablas y operaciones aritméticas con las tablas y los espacios; espantos y transformaciones de personalidad; glosas al





minutero y combinaciones de vestimenta; emergencia invernal y la banda sonora de Nino Rota en El padrino a los cincuenta años del estreno; chirimías y fanfarrias; titiriteros y masones.

Otra cosa infinitamente necesaria son los niños y los villancicos asistidos por las maracas y las palmas. ¡Ah! «Zagalillos del valle, venid / Pastoreitos del monte, llegad», no me torturéis con vuestra ausencia; tened misericordia con mi infancia; solo vosotros podéis salvarla, con las vuestras propias.

Ya vendrán, ya vendrán, ya vendrán...

Me llevaría al fin del mundo los siete años de L.:

«Mami, regia, ande acompañada, levante el mentón, mire al final de la calle, apréndase los huecos y sáltelos. Antes de salir, yo le plancho la ropa y huelo a muñeca. Sonría en las fotos y las amiguitas, si no le hacen caso, no son amigas. ¿Me oyó? Princesa, eres el aliento de Dios, y en ti me dispongo. Sepa los temblores que aguanto por su estabilidad; las hambres por su llenura; la tristeza por... ¡Mami! Venga le acomodo el moño.



¡Estás divina! Le empaqué desayuno y lonchera. Cómaselo todo y no me traiga ni un pedazo de arroz: se lo hice con ganas de engordarle los cachetes. Bendición. Me le manda saludes a la profe de nuestro equipo».

(Y un reproductor de audio con la voz de su madre, leyendo el fragmento grabado en la radio del Tecnológico).

La perla que en este tiempo me exige es la obra completa de Pereg. El bagaje me posibilitaría retratar las estancias del Aburrá Sur: avenidas, glorietas, hábitos de amarrar cordones; ¡cifraría a momias talleristas, y a los discípulos que los sucederán, creyéndose universales de tabardo con el panorama histórico en sus dientes podridos!

Carlos se acercó a borrar el tablero y tropezó con la angosta mesa donde se exhibía un bodegón (sombrija opaca, piedra anémica redonda, libreta de ¿Polonia? —englobaré: del Viejo Mundo—,





tres tomos —una antología de Pessoa compilada y traducida por Ciro, las Elegías y uno de Redon—, Buda, pan de tomate, bolígrafo y el demalas), tirando al piso al canino lleno, decapitándolo. Un paisajista le recomendó echarle «adhesivo instantáneo», y el profesor le dijo que él está acostumbrado a corregir desastres. Y sin notarlo, la cabeza encontró su cuerpo, que volvió a separar don Ramiro al terminar la sesión, curioso de la «estatuilla de San Agustín».

Ventaja del degollamiento: la rana es libre: siento su croar centuplicarse en mis desbarros.

Candidatura a no suceder

Petrificaría a los relojeros en eterna exposición de centro comercial. Los acompañarían las vendedoras de tintos en vasos color mayonesa y palillos sucios, mugrientos y reciclados; los detendría en el instante en que todos revisan la hora y la comparan con la del ojo cíclope de la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, de la cual, una vez acabada la misa, llegan más compradores y amigos,

haciendo tiempo mientras empieza otra. Les reservaría unos bancos de iglesia para que las mujeres y sus cafeteras tengan dónde apoyarse. Y, si están muy duchas en su trabajo y no necesitan apoyo, sentaría, remplazando a los humanos, radios y boinas desteñidas. Llevaría a todos los escolares del municipio, capacitaría a un nieto de los viejos para contar la historia, mencionar los datos y las fechas, atravesar anécdotas que no permitirían reproducir en el colegio y decirles que, si no les va tan mal como para morir antes de los sesenta, ocuparán esos lugares... con el fin de preocuparlos por el tiempo, ahora que no lo sienten, ahora que se les pasa entre vacaciones, colegio, descansos, clases y salidas pedagógicas, ahora que lo derrochan, para que después de sufrirlo en multitud de ocupaciones, después de regalarlo para bien de otro, lo vendan en el parque en ejemplares de cuero maloliente, con innovadores led o clásicos sin pila. Además, a quien disponga en esa labor, le pediría que les diferencie a los secundaristas el uso laico y religioso del tiempo, y su actual conjunción, basándose en la Encyclopaedia Herder: en el siglo XIV la Iglesia consideraba que el reloj mecánico usurpaba el poder divino del tiempo, al medirlo y al colocarlo a disponibilidad de tantos





que no lo merecían. Y, a causa de ello, se opuso el tiempo eclesiástico —y aquí el guía menciona uno de los santos del 21: san Pedro Canisio— al tiempo de los mercaderes —la jornada laboral—. Les contrapone, asimismo, el calendario litúrgico y les cuenta un dato curioso: con la Revolución francesa se creó el calendario republicano, sin influencias clericales, que duró 13 años, y fue retomado efímeramente por la Comuna de París. Dicha tanta palabrería, les da un rato libre para que vayan y toquen a los viejos, se midan con ellos, soben las protuberancias de las señoras, se sienten sobre las radios de las butacas, «sintonicen» carrangas y mastiquen palillos. El guía, es de esperarse, se olvidaría de enlazarles la conjunción actual del tiempo laico y religioso: los vendedores de relojes comparan sus horas y minutos con la hora del pequeño ojo en el frontis de la iglesia, esa circular blancura, que fuerza las vistas miopes e informa a los viandantes en qué momento del día o de la noche se encuentran. Las profesoras le averiguarán al guía quién moldeó las piezas, en qué año, cuál es su material, quiénes fueron los modelos originales, y el ingrato le responderá que apenas sabe la historia de uno solo de esos viejos, pero que lo sabrá en un



santiamén: llama al curador, le hace las mismas preguntas. Él le pregunta, a su vez, si leyó la lista. «No, señor, ni fui a la capacitación», responde el guía. «¿Y entonces cómo sabés lo del tiempo?». «¿Y usted cómo sabe que yo sé lo del tiempo?». «Yo soy quien hago las preguntas. Responda». «Me inquietan los misterios del tiempo, señor». «Ah, ¿sí? A mí me inquieta que dejen de visitarnos los colegios por falta de didactismo». «Entonces venga y dé la cara», termina colgando el guía. «Profesoras, ¿ya saben la conjunción actual del tiempo laico y religioso?». «No, aún no». «Pues lo que se propone la exposición es descubrir ese misterio; y nosotros somos parte de él». «Ajá... ¿y?». «Nada más. Se descubre el misterio y se acaba la atracción. Aunque, viendo a los ágiles muchachos destruir los meñiques de los viejos, rascarle las barbas, esconderse detrás de los tumultos para hacerse cosquillas, me viene un chispazo: puede que esos achacosos eternizados no merezcan, por méritos propios, estar ahí; mas lo están por agruparse. Fueron esculpidos por sus maneras de vivir. A lo que me lleva esto es a cuestionar si nuestra manera de vivir marca una generación, o un periodo, y si será esculpida en un futuro, haciéndonos eternos...





¿Ustedes les enseñan a sus estudiantes a merecer la eternización? ¿Ustedes, portadoras del saber, serán recordadas como a los padres de sus ciencias? ¿En algún momento una como ustedes, actualizada y con nuevos enfoques, le preguntará a un guía por el escultor, el material, el año y la historia de las modelos originales? Observen que unas vendedoras de tintos dieron pie a que ustedes quisieran saber quiénes fueron. Pero yo, un simple y alelado guía, no tengo por qué meterme en esos asuntos; y en los que debería meterme, profesoras, no sé nada... Y se acabó la moneda; vendrá otro grupo y otro colegio, quién sabe. Avisen a sus muchachos. Les dimos tiempo suficiente: la pareja de allá se emocionó más de lo debido. Si vuelven, y si no me han echado de aquí, prometo memorizarme lo que pidieron. O nos podemos encontrar en la verdadera Iglesia de Nuestra Señora, escuchamos misa, le compramos un reloj a mi papito y que él las saque de dudas».

El Pedregal, noviembre 26 de 2022

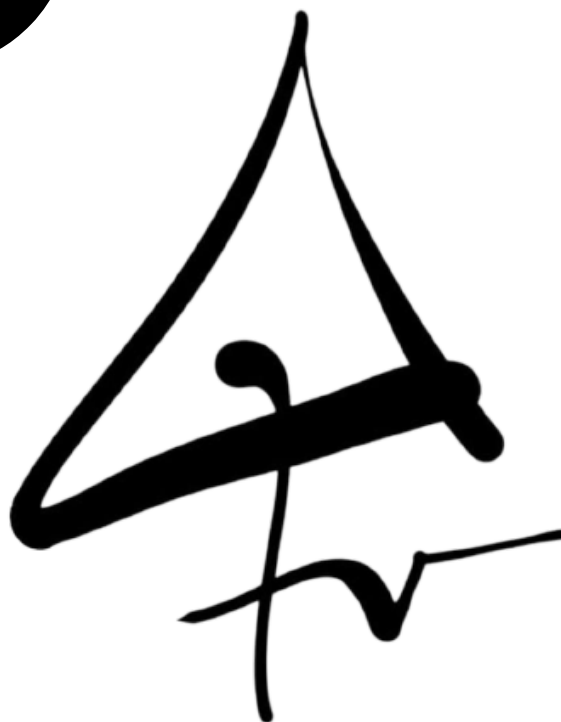


Alejandro Zapata





69





CONVERSACIONES FRENTE AL MAR



«Al final, los hechos no son los importantes,
sino la fantasía sobre los hechos».
Para que no me olvides (1993), de Marcela Serrano

Villa Gesell, Provincia de Buenos Aires, otoño de 2022.

Esa tarde de otoño Manuel cruzó a tomar un café al bar del Balneario El Náutico a la espera del regreso de Beatriz, que participaba de una reunión de poetas y escritores en alguno de los bares céntricos. Tenía la esperanza de encontrar a algún conocido para charlar un rato mientras la oscuridad empezaba a cambiar el tono del mar, ese día algo embravecido.

El lugar estaba casi vacío, cosa rara a esa hora. Ningún conocido a la vista. Óscar, uno de los mozos de la tarde, lo saludó con su amplia sonrisa habitual. El joven hacía sentir al cliente que allí lo estaban esperando. ¡Pucha que es importante que uno sea esperado en algún lugar! Se ubicó en una de sus mesas favoritas, la segunda del lado del mar para poder mirar, sin interferencias, la playa desierta y el oleaje, en apariencia desordenado, acompañado de su tradicional murmullo que a veces le hacía recordar el sonido de la tribuna visitante en la cancha del Bajo Núñez, cuando un delantero del equipo contrario se perdía un gol.

“Traéme un cortado en jarrito, y si te quedó, una medialuna de grasa”.

“Sí, seguro que hay. Ya le traigo”, contestó Óscar,

y se metió en el pasillo que conduce a la zona de cocina.

Un señor mayor, al que le vio cara-conocida (lo cual no quiere decir nada en Villa Gesell, ya que fuera de temporada todo el mundo la tiene), que estaba sentado en la última mesa del lado opuesto, se acercó a él. Era un hombre alto, corpulento, cabello castaño claro escaso y rostro sonriente con cachetes colorados que caminaba con paso torpe hacia él.

“Hola Esteban. ¿Cómo está?”, dijo mientras le tendía la mano y se sentaba al frente suyo.

Sin dudas lo confundía con otra persona, pero Manuel le dio la mano sonriendo.

“Soy Manuel”.

“Si es cierto”, dijo el autoinvitado.

“No recuerdo de dónde nos conocemos”.

“Pero Esteban, tus padres me compraron un departamento ahí en el More”, dijo señalando justamente el edificio donde él vivía.

“¿Sabés qué quiere decir More?”.

“No”, repuso Manuel mientras pensaba que sus padres no estaban en condiciones de comprar un departamento allí ni en ningún otro lugar.





“Es un río de Croacia. ¿Porque te acuerdas que yo soy croata?”.

Sacó un pequeño celular del bolsillo de su campera y mirando con atención llamó a un contacto.

“Hola hijo. Soy Mirko, tu padre. ¿Dónde andás?”.

“Bueno, bueno, acuérdate de venir a buscarme. Estoy aquí hablando con tu amigo Esteban”.

Cortó la comunicación y volvió su atención a Manuel.

“Le manda saludos Mario, siempre se acuerda de usted. ¡Si habrán surfado juntos en la Escuela del balneario Puro Sol! ¡Cómo lo disfrutaban!”.

Óscar los interrumpió para dejar el café y la medialuna sobre la mesa.

“¿Se mudó de mesa, don Mirko? Le traigo su café acá”.

“Es que aquí está Esteban, al que conozco de chiquito. Sus padres me compraron un departamento allí”. Volvió a señalar hacia el edificio, imponente frente al mar.

“Ya no tenía más café no te molestes en traerlo. Pero servime otro y una medialuna como pidió él. Son ricas las medialunas acá”, dijo mirándolo a Manuel, que estaba visiblemente desorientado.

“Las veces que tuve que salir a la noche a buscarlos. Eran dos parranderos ustedes. Tu madre,



cuando tus padres se separaron, me llamaba a mí para que te busque. Por suerte después te pusiste de novio con Ana María. La veo a veces caminando por la tres, tan linda como siempre. A veces con tus hijos, el mayor es igualito a vos”.

Manuel no sabía cómo desmentir tanta cantidad de información errónea sobre su persona. El carácter componedor y su respeto por las personas mayores le impedían interrumpir el discurso del viejo constructor y aclarar las cosas.

Óscar trajo el café y la medialuna de Mirko, que le agradeció sonriente, y empezó a comerla con alegría.

“Esta hora es mágica, Esteban”, dijo apuntando al mar con lo que quedaba de la medialuna.

“En este horario llegaban los submarinos en esos años. Paraban a la altura del balneario Olé Olá y los tripulantes bajaban en pequeñas embarcaciones a cargar las armas”. Manuel creía estar escuchando el relato de una película.

“Porque Argentina nos vendía armas en forma clandestina durante la guerra. Y las cargaban aquí. El depósito general quedaba en una estancia de Madariaga. Y esta zona costera estaba descuidada por el enemigo. Todo el tráfico lo hacían de noche por la vieja ruta de Pinocho, para evitar atentados de los serbios, que estaban infiltrados en la Armada”.





Manuel miró hacia el mar, y en un sector iluminado por la luna en cuarto creciente, vio una sombra gigantesca que emergía del agua entre las olas. Era un submarino, pues arriba tenía un periscopio. Se lo iba a decir a Mirko, pero cuando volvió a fijar la vista en el mar ya no había nada más que olas y espumas blancas.

“Yo era el Jefe del comando CIG. Carlos Idaho Gesell en clave, ¿entendés? Nuestra sede estaba en el Hotel Dubrovnik. Seguro lo conoces. Está por ahí, un poco más atrás del More”.

“Sí, sí”, balbuceó Manuel. “Hace años que está vacío”.

“¡Vacío! Jajaja”, rió estruendosamente el hombre. “Eso creen todos aquí, pero el Dubrovnik sigue siendo nuestra base central en Sud América. Todos los croatas que quedaron en el país sin poder volver a la patria cuando se supo el tema de la venta de armas y la voladura de esa ciudad, viven allí. Operamos en la clandestinidad y perseguimos a los serbios y montenegrinos que están refugiados en Ostende y Costa Esmeralda. Nuestros héroes nacionales, Modrić y Rakitić financian toda la operación. Tú tienes que saberlo porque sos el mejor amigo de mi hijo pero te pido reserva absoluta.



La gente aquí es muy charlatana y nadie tiene que saber de esto. La policía lo sabe, el Jefe es un hombre nuestro.” Afirmó el anciano.

Manuel recordó que si bien el hotel siempre parecía cerrado, todas las noches desde la ventana de la cocina podía ver luces encendidas en distintas habitaciones. Por la mañana solían venir dos señoras para hacer la limpieza. Fuera de ellas nunca vio salir o entrar a ninguna persona al edificio de la calle Uno. Cuanto comentaba con los conocidos el tema de las luces prendidas en el hotel abandonado, todos lo miraban con gesto reprobatorio, como si escucharan las afirmaciones de un loco. Optó por no mencionarlo más. Pero ahora este señor venía a confirmar sus sospechas.

“Ellos nos apoyan porque muchos de nosotros jugábamos al fútbol en el Dínamo de Zagreb. Somos colegas futbolistas. Tú sabés, es el mejor equipo de Croacia. Nuestro enemigo es el Estrella Roja de Belgrado. Cada partido era una guerra futbolística, como un River-Boca, pero peor, hasta que esa tarde de mayo del noventa se desató una verdadera batalla campal. Todos contra todos, jugadores, hinchas, dirigentes. Hubo heridos y algún muerto que se ocultó. Y allí estaba yo, con mi camiseta azul pegándole a todo lo que pasara cerca vestido de rojo. Ahí empezó la





guerra de los Balcanes por más que los libros digan otra cosa distinta”.

Un joven de la edad de Manuel interrumpió la conversación.

“¿Papá, qué estás haciendo?”.

“¡Hola Marito! Ya lo ves, conversando con tu amigo Esteban. ¿No se saludan ustedes?”.

“Disculpe señor”, dijo el recién llegado. “Mi padre no está muy bien y lo ha confundido con otra persona”.

“No se haga problemas, ha sido una conversación muy interesante la que he tenido con su padre”.

Se despidieron sonrientes, si bien Mirko quería seguir la charla, el hijo lo fue llevando hacia la puerta de salida tomándolo de la cintura y apurando su paso.

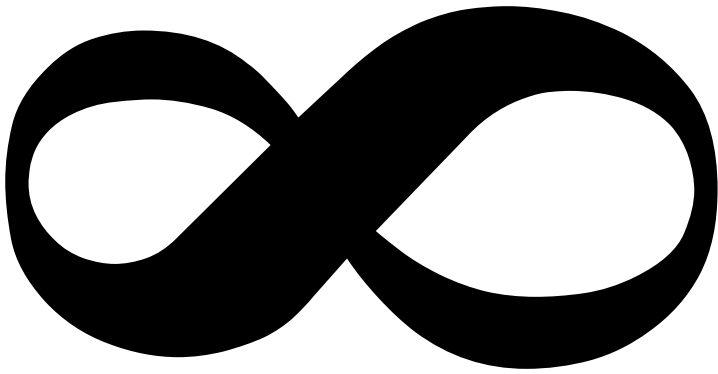
“Óscar, traéme un whisky por favor”, dijo Manuel mirando el techo.

Al muchacho le llamó la atención el pedido, pero enfiló sonriente hacia el sector de las bebidas.



Miguel Ángel Acquesta







NUESTRA TORRE DE BABEL



Para verte como yo quería
era necesario empezar
por cerrar los ojos.

Julio Cortázar, *Rayuela*.

Los ojos se me llenaron de lágrimas nada más abrirlos. Mis huesos se estremecieron de frío. Son tantas las veces en las que confundo lo onírico y lo real, pero tengo la sensación de haberte soñado. Hacía tiempo que no lo hacía, pero me parece que lo de anoche fue diferente. La dádiva del presente me fue otorgada después de haber nacido lejos, en otro lugar, antes de venir a mi encuentro. Las noches solían encerrar oscuridad, una soledad negra y confinada que se hacía presente por todas partes, donde nada podía nacer, donde todo venía a morir, pero hoy el manto del olvido pareció desvanecerse. Lo único que recuerdo es ver como un destello de luz se apagaba en la lejanía, y como algo me apretaba fuerte la mano izquierda. Pero supongo que no es nada. Aun así, no podía deshacerme de esta intrusa sensación, como si algo hubiera alterado la sequedad habitual que plagan mis mañanas. No sé muy bien el qué, pero vino a buscarme desde el otro lado de la noche.

Al no poder recordar apenas un solo motivo por el que estar triste, me limité a asumir que las lágrimas que inundaban mis ojos eran lágrimas de alegría, de afecto, señal de que algo había convertido mis ya

cansadas pesadillas en un insólito respiro, alegre y abierto. Al fin y al cabo, ¿quién no se despertó alguna vez con la certeza inamovible de haber soñado profundamente, a pesar de no poder recordarlo? No sabía muy bien qué era, pero me di cuenta de que tu nombre comenzaba a tomar forma en mi mente.

Una fina lluvia resbalaba sobre el cristal de una ventana, mientras los rayos de sol, tamizados por unas gruesas cortinas de seda luchaban, aguerridos, por alcanzarme. Mientras permanecía acostado intentando recobrar alguna noción de mi ser, me percaté de que no estaba en mi pieza. Ni siquiera recordaba haberme acostado. La pieza parecía estar congelada en algún punto del siglo XVII, y era tan rígida como innecesariamente barroca. El techo era muy alto; las paredes blancas estaban a punto de prenderse fuego, contaminadas por la húmeda aurora de la incipiente mañana, la cual lo colmaba todo y resaltaba en ellas unos detalles dorados en forma de árboles, que brillaban tanto que daban la sensación de ser una fuente de luz en sí mismos. Sus ramas subían por las paredes y, una vez en el techo, se esparcían en todas direcciones hasta perderse tras el marco de la puerta. Los muebles eran de una





excelente madera de ébano rematada en detalles áureos y la cama que se situaba en el centro de la pieza era enorme y te envolvía como una nube. Sin embargo, era fría. No era para una sola persona, eso seguro. Una larga alfombra nacía desde debajo de la cama y se extendía hasta alcanzar las esquinas de la pieza, sobre la cual quedaban desparramados por el piso cartas de papel; algunas garabateadas con mi letra y otras en un idioma que no terminaba de comprender.

Todo lo que la pieza me generaba era un sopor mental, una especie de agotamiento primordial, un cansancio que drenaba mi parte inconsciente, mientras un sabor a sangre me colmaba la boca. De modo que los minutos se alargaron otro tanto, mientras yo intentaba recomponer los fragmentos del sueño que aún podía recordar, pero todo parecía difuminarse y me resultaba bastante confuso: en el sueño estabas vos, también estaba yo, y todo lo que hay en medio. Había momentos en los que todo se hacía uno. Recuerdo una constante sensación de pavor, de sed, de cansancio, ignorancia y tus ojos color avellana. Después de pensarlo más detenidamente, me di cuenta de que tal vez nada de aquello fuera un sueño, por la forma en la que todo



seguía flotando en el aire, como una densa nube que me nublaba el pensamiento y comenzaba a mirarme con tus ojos.

Quería encontrarle sentido a todo aquello, pero cuanto más lo pensaba, menos lo entendía. Es que carecía de todo sentido, ¿verdad? Si todo aquello era cierto y vos estuviste conmigo, ¿cómo es que hicimos para acercarnos tanto y que violentamente te arrancaran de mí de manera tan repentina? De seguro intenté resistirme. ¿Vos también? ¿Acaso soy el único que aún se acuerda?

Sea como fuere, desistí en mi intento de entender. Algo me decía que lo que había pasado ya quedaba muy lejos, (si es que había pasado), y, sin embargo, si todo era cierto, significaba que era a mí a quien habías elegido, que todo indicaba que era tu cama la que me estaba viendo nacer. No quería dejar ir la enorme expectación que nacía en mí justo antes de ir a tu encuentro, porque era lo único que me impulsaba, así que finalmente me levanté de la cama. Realmente no me importaba el razonamiento que pudiera haber detrás. Después de todo, no quería renunciar a la ignorancia de no entender, pues tu recuerdo, aunque vago, era lo único en lo que podía identificarme, y ahí es donde quería permanecer, con





esa sensación, sin importar si era verdad o mentira, sin importar lo confuso que pudiera llegar a ser, sin importar que me consumiera. Me hubiese quedado allí para siempre sólo para conservarlo, para dejarlo intacto, para no ver cómo se echaban a perder mis esperanzas quizá ya en exceso idealizadas, pero algo me empujaba a salir. Aun así, tenía la sensación de que, al salir de la pieza, todo se empezaría a torcer, de que nada volvería a ser de verdad. Nada volvería a ser. No quise creerlo. Por una vez, quería estar equivocado. Solo una.

Había un aroma a tostadas y café, y la sangre en mi boca me recordaba que estaba despierto. Yo sentía que me moría, y lo único que quería era entregarme de muchas maneras. Si mis suposiciones eran ciertas y realmente compartimos cama anoche, es una pena no haber muerto allí mismo, y así no tener que ver cómo las cosas se echaban a perder. No quería tener que volver a perderte. Ni siquiera sabía si te encontraría de nuevo allá a donde me dirigía a continuación, y si por algún casual ya no estabas, no quería tener que lidiar con las secuelas de tu ausencia. Ni siquiera sabía si todo esto era real, para empezar. Tal vez sí morí anoche. Tal vez éste era el infierno.

¿O aún estaba soñando?



Una vez crucé la puerta, me dispuse a seguir las ramas doradas del techo hasta llegar a un pasillo que me condujo a donde fuera que tuviera que ir a continuación, a sabiendas de que todo podía terminarse en cualquier momento, de que algo me despertaría y me vería de vuelta en mi cama. O eso, o simplemente ya te habrías marchado, y yo no estaba preparado para lo uno ni lo otro.

"¡Cuán fría se pone esta casa cuando llueve!" me dije, en cuanto salí del dormitorio. No había una parte del cuerpo que no me estuviera traicionando, que no parara de temblar, pero llegué a la cocina y allí estabas, leyendo Dorian Gray sin más ayuda para ver que la luz del sol que entraba por una ventana abierta, enfrente tuya. Miré discretamente por la ventana y me di cuenta de que la lluvia de alguna manera ya había amainado. La inmensidad de un bosque verde y vivo se abría frente a nosotros y se esparcía en todas direcciones. Seguí mirando, esperando a que pasara algo, pero más que nada, seguí esperando a que te percataras de mi presencia. Como nada de eso ocurrió, observé mi entorno y me di cuenta de que la cocina estaba dispuesta de manera que todo en ella parecía girar a tu alrededor. Supongo que así son las cosas cuando estás cerca, así que no lo puse en duda, pero aquello debería haber





sido una gran señal. Las plantas que adornaban la casa estaban giradas hacia dentro y quedaban mirándote. Los muebles quedaban orientados hacia vos en una especie de feng shui enclaustrado, los pájaros entraban volando por la ventana abierta para cantarte y, revoloteando, quedaban enredados en las ondas de tu pelo. Siento que tendría que haberme dado cuenta.

Cuando no soltaste el libro para venir a mi encuentro, como inicialmente había previsto, intenté disimular y me arrimé a la ventana para asomar la cabeza y así ver qué más podía encontrar, como si realmente estuviera buscando algo que me salvara de la vergüenza de mis propias expectativas, como si todo lo que alguna vez deseé no estuviera ya ahí, justo delante de mis ojos, bebiendo de una copa de cristal. ¿Por qué tienes que ser tan excesiva todo el tiempo?

Me sentía abochornado por lo enamorado que estaba, me sentía sin fuerzas, sentía que me moría, pero quería morir por tu mano. Quería morir por las razones equivocadas. Me parecía que nuestro amor (si es que alguna vez hubo algo que pudiéramos llamar nuestro para empezar), sólo podía pertenecer a un cierto período de tiempo, a un único lugar, a una única luna y a una única noche, todos ya ignotos, y que no querías sacarlo de la caja para que no se



rompiera. En cuanto a mí, yo quería prenderle fuego y que ardiera, y dejar que reemplazara mi sangre y que corriese por mis venas, para que me matase, y así poder morir a tu lado.

Me vuelvo tan torpe a tu lado, querida. Un paso en falso y la madera del piso crujió, lo que te alertó de mi presencia. Sin titubear, me recibiste con un toseco "buenos días". Los pájaros que revoloteaban a tu alrededor echaron a volar espantados. Avergonzado, te miré de reojo. Aun así, no alzaste la mirada. Sin soltar el libro, me ofreciste el desayuno. "No, gracias", alcancé a decir, aunque en realidad estaba hambriento. Suelo responder demasiado rápido cuando me pongo nervioso.

En realidad, no quise decir "No, gracias", sólo "Gracias". Parecías conocerme bien, y eso me alivió. Dejaste el libro sobre la mesa, arrimaste otra silla a tu lado y comenzaste a untar una mermelada densa y rojiza en una pieza de pan. Hay algo que brilla tras tus ojos, aunque hables poco. Sabía que las palabras no eran tu fuerte, así que éstas eran las cosas que mantenían viva mi esperanza, las que me hacían sentir que existía una posibilidad de que me quisieras, de que tal vez sí me querías, pero de una manera diferente que no alcanzaba a registrar, como si dos personas entregadas a dos lenguajes





fundamentalmente opuestos estuvieran tratando de entenderse, como si en algún momento, en algún lugar, le hubiésemos plantado cara a Dios y este fuera nuestro castigo, y esta casa, nuestra torre de Babel. Aun así, quería que me lo gritaras como yo quería gritártelo. Pero con esto tendrá que valer.

La mermelada parecía ser de arándanos. Me supo lo suficientemente bien, aunque sentía que me moría. Comer es de esas cosas que uno hace con sumo cuidado para disimular el nerviosismo, pero tenía la impresión de que no estaba engañando a nadie. Desde luego, a mí no. Probablemente a vos tampoco. O tal vez es que simplemente no te importaba. Ese es un tipo de muerte completamente diferente.

Terminé de desayunar mientras vos seguías leyendo y recé para no terminar devolviéndolo todo, para dejar de hacer el ridículo en tu presencia y ante un mundo que giraba a tu alrededor. Un aroma a lluvia inminente se adueñó del lugar y eso me estremeció, así que, para evitar enfermarme allí mismo, puse toda mi concentración en contemplar tus manos, las cuales con tan solo vislumbrarlas me llenaban. Blancas y aterciopeladas, cada uno de tus dedos era monarca por derecho de todo lo que tocaban, y como tales quedaban debidamente coronados de anillos y demás joyas, con excepción de tu meñique izquierdo,



desnudo y despojado de su corona, la cual portaba yo en mi meñique izquierdo, lo cual lo elevaba al rol de regente, siendo este hecho una de las pocas cosas de las que me sentía orgulloso. El libro descansaba en tus manos y, tras un par de minutos de silencio, te veía pasar página, pero tenía tantas ganas de que me miraras que no pude luchar contra mi torpeza y empecé a hablar.

"¿Qué crees que debemos hacer?" Dije, vomitando las palabras. Al articular palabra me arrepentí de haber alterado tu paz. "Todo esto me resulta bastante difícil de entender".

Tardaste diez segundos en contestar, pero en ese espacio de tiempo morí un millón de veces. Cerraste el libro, lo pusiste a un lado y me miraste directamente a los ojos por primera vez.

"Nos volverá a encontrar, ¿sabes?". Me pareció percibir matices de fastidio en tu tono.

Una sensación de pánico parecía invadirme. "¿Es que nos vamos ya? ¿Vos, dónde vas a estar? ¿Yo sabré cómo llegar?"

"No, idiota. Ni tú, ni yo. Ninguno de los dos. Nosotros solo estamos repitiendo el ciclo: hallamos algo, lo amamos solo para terminar perdiéndolo, y otra vez vuelta a empezar. Ser un enamorado, ya sabes". Sonreíste mientras contemplabas la distancia





que se extendía tras la ventana. "Amar y perder. Al final es todo lo mismo. Eso es todo lo que llegaremos a ser".

Te miré a la cara y mis ojos repasaron cada uno de tus rasgos intentando descifrarle sin éxito, solo para darme cuenta de que un hilo de sangre resbalaba desde la comisura de tus labios.

Apreté los labios, ya que no sabía qué decir. O, mejor dicho, sabía lo que quería decir, pero probablemente no habría servido de mucho. Todavía podía notar el sabor de sangre en mi boca, mientras un silencio infinito se iba formando lentamente entre nosotros. Luché intensamente por contener las lágrimas. Nunca me acostumbraré a esta sensación.

Me entraron ganas de llorar. Quería morir, pero quería hacerlo de tu mano. Quería morir en tus brazos, para que pudieras reconstruirme una y otra vez. Quería morir de viejo en la misma cama que al parecer compartimos anoche, rodeado de un puñado de hijos y nietos, con esta estúpida casa vieja llena hasta los topes de recuerdos de una vida bien vivida. Quería morir amándote en exceso, quería la violencia que habita en el amor. Pero, por el contrario, ya me estaba muriendo, y lo que me estaba matando en realidad era la muerte más pobre de todas: el hecho de no ser capaz de quererte lo suficiente. No quería



ser un estúpido enamorado. No quería amar, y desde luego no quería perder. Quería la locura del amor sin el razonamiento subyacente y estaba dispuesto a llevarme el primer golpe. Sólo quería ser contigo.

Volví a mirar por la ventana y todo se había ennegrecido. En la brea, no había ni luna ni sol. Nada parecía existir ya fuera de la cocina en la que nos encontrábamos. El resto de la casa también había desaparecido: No había plantas ni muebles. En el centro de la mesa apareció una única vela que, encendida, hizo todo lo posible por mantenernos alejados de la oscuridad que poco a poco parecía devorarlo todo. Volví la vista hacia el pasillo que conducía a tu pieza y también había desaparecido. En su lugar, quedó una puerta.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro sabiendo lo que estaba por venir. Entonces vos, con tu sonrisa sideral, te deleitaste al ver cómo se derrumbaban las paredes y un destello en tu mirada, tan segura de sí misma, parecía burlarse de mí desde detrás de tus ojos, como si se hubieran robado toda la vida que hace apenas un instante se extendía ante nosotros. "Quizá la próxima" dije para mis adentros. No es que no quisiera alcanzarte, que no deseara encontrarme contigo al otro lado, detrás de tus ojos, sino que no sabía cómo. Nunca habría una "próxima





vez". Pero si iba a empezar a mentirme a mí mismo, mejor que fuera para afrontar la muerte con entereza.

Me encontraba terriblemente desorientado en la oscuridad, y traté de mantener la compostura, pero todo lo que era empezaba a perderse en el olvido negro. Ya no quería tener razón.

Sin perder un segundo, me ofreciste la palma de la mano, supongo que para que pusiera la mía dentro y nos diéramos la mano por última vez. En mi cabeza, eso siempre significó "yo también te quiero", pero ahora tenía otro significado: estábamos haciendo las paces.

Poco después, tocaron a la puerta. Para ese entonces, ya no había cocina, ni ventana, ni mesa. Podía ver como algo se apagaba en la distancia, y no había nada que hacer al respecto. Aún sentía sangre en la boca. No sabía de quién era. (Las) lágrimas recorrían mi rostro. Entonces, supe que era el momento.



Gonzalo Irala







UNA FAMILIA FELIZ



Habían pasado dos años desde la muerte de su madre y Alberto, desde entonces, intentaba reformular todo lo sucedido, otorgar un sentido a lo que tanto dolor había causado en su familia. Sentado en el salón de su casa, Alberto pasaba muchas tardes solo, leyendo los libros que iba encontrando en la biblioteca al azar. Ahora tenía en sus manos una edición antigua de Anna Karenina y llevaba unas semanas releendo las palabras con las que empieza la obra: “Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada”. Alberto dejó el libro sobre la mesa y se preguntó, una vez más, por qué tipo de familia era la suya. No buscaba compadecerse, era otra cosa. Alberto odiaba esa sensación de conmiseración, esa manera de sentirse desgraciado ante los otros: las miradas compasivas de los vecinos al cruzar la calle o al encontrárselos en el mercado, las formulaciones hipotéticas, el si tu madre estuviera aquí seguro que estaría orgullosa, y luego un gesto de lamento fingido, una contracción del rostro, un apretón fuerte de manos, un golpe de consolación en la espalda. Alberto tenía claro que no cambiaría a nadie de su familia: papá, mamá, el hermano, Yago —el perro, antes tuvieron otro—, quizá tuvieran un canario o una tortuga cuando era

muy pequeño, aunque él siempre quiso tener un rinoceronte, los primos, los tíos, la abuela Rosario. Habían pasado muchas cosas y ahora miraba hacia atrás y lo veía todo tan lejos, con lo lento que va el tiempo día a día, chorro a chorro, y entonces no te das cuenta que luego nada vuelve, que todo es único, y te pegas a los huecos que va dejando y notas las ausencias, los asientos vacíos, un rastro de olor por los pasillos.

Alberto acababa de apagar la luz del flexo que utilizaba para leer y el cuarto quedó alumbrado únicamente por ese resplandor tibio que traen las tardes de invierno. Sus ojos estaban fijos mirando los cuadros que adornaban la habitación y que eran como pruebas de un pasado remoto, ya intocable. Reflexionaba sobre si su familia había tenido peor suerte que otras, al final la muerte llega a todas, aunque no con la misma tenacidad. Recordó que ya antes de lo de su madre había visto dos muertes: cuando él era pequeño habían muerto el tío y la abuela Rosario. Hubo entierros, un cura, ceremonias, trajes negros en la casa de campo, los tíos de Barcelona que solo los encuentras en los funerales, amigos que llevas sin ver años y vienen a dar el pésame, curiosos del barrio, el termo de café, Alberto volteado por sus primos grandes, lluvia





—porque parece que siempre que alguien se muere llueve—, el sonido de las campanas, la iglesia, esa penitencia macabra e inútil en la que todos pasan delante tuya y te dan un abrazo, lo siento, avisa si necesitáis algo, puedes contar conmigo para lo que quieras. Pero eso no fue una muerte, apenas la sintió de verdad: los viejos mueren, es normal que mueran, es natural. No es triste que un viejo se muera. Y el tío no estaba nunca en la casa, vivía fuera, Alberto lo recordaba de las bodas con su traje blanco, su bigote y su sonrisa de mafioso italiano, en su comunión le regaló un montón de juguetes, pero no lo veía todos los días, venía solo muy de vez en cuando y no estaba muy unido a papá y mamá, su muerte no la notó; sí, alguna lágrima en el tanatorio, pero poco más, honestamente, el tío no le importaba a nadie. Su madre fue otra cosa, su madre fue diferente.

Un sonido, como de pasos, empezó a sonar en la puerta. Alberto seguía sentado en el sofá y por un momento pensó que podría ser ella, que no perdía nada por pensar que su mamá estaba a punto de llegar, quizá nada había pasado y todo estaba como hace dos años; mamá abriría la puerta y diría: ¿estudiaste para el examen de mates del miércoles?, acuérdate de ordenar el cuarto. Pero no era nadie, un ruido de la calle tal vez o su imaginación. No,



Alberto no esperaba que nadie llegara, no había prevista ninguna visita, ni estaban su hermano o su padre a punto de llegar. Su madre había muerto hace dos años y no fue como el tío o la abuela, su madre fue otra cosa: era como una sensación de vacío. Alberto recordaba forzarse a llorar durante el velatorio para demostrar el cariño que sentía por su madre, para hacer palpable a la gente su dolor. Pensó que dolía ver a su madre sin vida tumbada en la cama, pero él ya se había dado cuenta de que eso no es la muerte, eso todavía no lo es. La muerte viene luego, viene siempre el día siguiente. A los años, empiezas a saber lo que es la muerte a los años. La muerte es encontrar la letra de su madre en la agenda de teléfono o en los libros, ver como sus botes de perfume se van secando en el ropero o los abrigos que nos regaló en navidad se deshilachan por las mangas. La muerte es buscarla en los rostros de los transeúntes, aunque sepas que es imposible, que no la veras más, la buscas pensando que quizá esté ahí, que lo mismo la encuentras, porque no tienes ya nada que perder o porque ya lo has perdido todo. La muerte es esa venganza del tiempo, esa sensación de irrealidad, que es como una angustia transparente que se queda en los dormitorios. La muerte es cada silencio que se comprime, el tabú, la transacción de





los nombres, la búsqueda siempre de otro término, la omisión. La muerte es, como ahora mismo, esperarla sentando en el sofá por las tardes, sentir que puede ser ella quien abra la puerta pero que no será, saber que no será. Eso sí es la muerte. Las ropas que parecen tan ridículas sin que nadie se las pongas, trapos viejos con los que limpiar el polvo o alfombras para el perro, sombras de tela que se amontonan en la cama y en los armarios; un reloj viejo de pulsera sin pila, las fotos, la ausencia rebosando los cajones, los olores; el rostro triste de papá sentado en el sofá viendo la tele sin decir palabra, cambiando los canales; la indiferencia de los muebles, el polvo interminable en los azulejos del cuarto de baño, el caldo de pollo industrial, la claustrofobia del apartamento en la playa. Todo eso es la muerte y Alberto lo intuye, y ahora está sentado en el sofá, dando saltos por las páginas de “Anna Karenina”.

Alberto vuelve al libro: “Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada”. Se para un momento delante de un cuadro con tres fotografías: en una sale su madre con una sonrisa inmensa, es un retrato; en otra su madre y su padre disfrazados en la cabalgata de los reyes magos; en otra sale toda la familia en Sierra Nevada, a punto de

esquiar —aunque Alberto recuerda que ese día la nieve era tan fuerte que prohibieron el acceso a las pistas—, su madre tiene un gorro con un personaje de dibujos animados. Alberto tuvo que dejárselo no recuerda bien por qué, quizá porque ella se dejó el suyo en el hotel, o porque lo olvidó en casa antes de empacar las maletas, o simplemente porque le dijo que se lo pusiera, que le quedaba bien, para hacer la broma: mamá con un gorro de nieve de dibujos animados, es tan chistoso. Alberto sonrío. Una lágrima cae de sus ojos y moja el vidrio de los cuadros. Sí —piensa—, mi familia es una de las familias felices.



Manuel Toranzo





CODEX SULPURISTA

COYOACÁN - LA LATINA - QUARTIER LATIN - HUELVA

Este número terminó de maquetarse
el día 19 de febrero del 2024





CODEX SULPURISTA V © 2024
by Todos sus autores
is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

CODEX SULPURISTA V © 2024
by Todos sus autores
is licensed under
Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International

